



cuerda, i con los brazos en cruz cae pesada i brutalmente en la arena. Hé aquí todo el oficio de ese ser dejenado de la especie humana, que nada hace de bueno, de útil, ni de nuevo, pues noche a noche repite sus jejeonadas.

Pues bien, amigo mio, el *tony* de los circos es para mí Valbuena en la literatura. Éste, como aquél, nada hace a las derechas; nada útil produce para el mundo de las letras; su gracejo es demasiado conocido de todos los escritores de su patria i de América; limpia su traje, como el *tony*, del polvo que lo cubre, producido por el mucho que arroja a los literatos que caen en sus garras, para cebarse como buitre hambriento en otros nuevos; se burla de lo mas respetable que encuentra en su camino: es, en fin, el ser mas despreciable, i como el esclavo, merece el látigo del mayor en sus espaldas.

Por la imprenta i litografía de Jacobo Peuser se publicó en Buenos Aires en 1894 una obrita intitulada « Valbuenismos i Valbuenadas », por Abel de Sorralto, en la cual se retrata a Valbuena de cuerpo entero i se espone el método o procedimiento que emplea el criticastro para ensañarse en sus víctimas. Permítame Vd. transcribir aquí esos ruines medios de que se vale para estos casos:

- « 1.º En insultar al autor cuyos escritos va a analizar.
- « 2.º En criticar nombres i apellidos.
- « 3.º En criticar el físico del autor.
- « 4.º En burlarse de los caracteres de imprenta con que está impresa la obra que cae entre sus manos.
- « 5.º En echar en cara al autor su buena situación financiera, si la tiene.
- « 6.º En deducir conclusiones tan lójicas i tan absolutas como éstas:
  - « 1.ª Todo libro que se vende barato tiene forzosamente que ser malo.
  - « 2.ª Poesías compuestas por un americano tienen por fuerza que ser detestables.
  - « 3.ª El hecho de presentarse unas cuantas colecciones de versos *becquerianos* por acá (América), « explica suficientemente el por qué las repúblicas americanas se lo pasan en guerra unas con otras. » (Testual).
  - « 4.ª Nadie debe nombrar a ningún Don Pedro, ni decir « Don Pedro » a secas, porque allá, en la provincia de Leon, *Don Pedro*, según parece, quiere decir una cosa muy fea. . . .
  - « 5.ª Que unos versos no pueden ser bellos, porque hai otros mas bellos. Es decir: que una cosa no puede ser buena cuando existe otra que lo es mas.
  - « 6.ª No se puede caer de algun don de la naturaleza, o espresar que tal cosa sucede, porque ello en latin significa *sábana*. (*Sindon* en latin significa *sábana*).
  - « 7.ª Todo aquel que en la duda, v. gr., de si se acordará de él

una mujer, dice que a veces PIENSA QUE SÍ, da derecho a que se crea que solo está dotado de la facultad de pensar a veces.

« 7.º De los ruines medios de atacar. En hacer gala de una mala fe i de una ignorancia que espantan.

« 8.º En prodigar el bobísimo sistema de parafrasear con malos versos de la propia cosecha del crítico, otros buenos del autor criticado. (Para lo cual Sorralto cita algunos ejemplos).

« 9.º En una no interrumpida serie de ineptias, como las que siguen. (Aquí algunos ejemplos).

« 10.º En otra serie de supercherías, difíciles de clasificar, pero de las cuales dará ejemplo lo que copio a continuación. » (Siguen aquí numerosos ejemplos con que el autor citado concluye con la esposicion del método *valbuenesco*).

De lo dicho se deduce qué clase de crítico es Valbuena. Siguiendo por el momento su sistema de morder, valiéndose, conforme al segundo capítulo de ruindades, de *criticar nombres i apellidos*, permítame Vd. citar uno solo de los ejemplos que Abel de Sorralto copia de las obras de Valbuena, para en seguida sacar yo por mi parte un símil del nombre del mismo Valbuena, que concuerda perfectamente con su carácter.

« Se ha observado — dice Valbuena, a propósito del poeta americano don Salvador Cordero i Buenrostro — que las personas cuyos nombres i apellidos son de esos que espresan determinadas cualidades, *suelen tener las contrarias precisamente*.

« No sé yo si el señor don Salvador Cordero i Buenrostro, que es el poeta, digámoslo así, que va a ocupar hoy la benévola atención de los lectores i la mía, estará del todo comprendido en la regla.

« Por de pronto, aunque se llama *Salvador*, no me parece que es el que ha de salvar a la poesía de los abismos de inmunda prosa en que la va sumiendo la llamada civilización moderna.

« Ni tampoco deja de tener para aquella hermosa i desvalida señora, al par que verdaderas sencilleces de cordero, sañas de lobo.

« I por lo que hace al último apellido, puede ser que el señor D. Salvador Cordero i Buenrostro sea efectivamente de rostro agradado. »

Hasta aquí la cita. Ahora vamos a Valbuena. « Quien escupe al cielo, en la cara le cae », dice el refrán, i él mismo se ha señalado su castigo cuando declara « que las personas cuyos nombres i apellidos son de esos que espresan determinadas cualidades, suelen tener las contrarias precisamente. » ¿ No ve Vd., amigo mio, en esto algo de providencial? El apellido *Valbuena* significa *va-a-la-buena*. I ¿ no nota Vd. que, siguiendo su propia regla, tiene precisamente la cualidad contraria: *va-a-la-mala*? Solo en el nombre de *Antonio* hai paridad perfecta. Dice el diccionario inglés: — TONY. s. Imbecil, tonto, zamaco. || n. pr. Diminutivo de ANTHONY, Antonio. (J. M. LOPES, E. R. BENSLEY, *Dicc. ing.-esp. i esp.-inglés*. Paris,

Garnier H.<sup>os</sup>, 1875). Es así que está probado que don Antonio de Valbuena no es otra cosa que un *tony*, o tonto de circo, i que en su método de criticar *va a la mala* siempre: luego. . . no se me culpe a mí de imputar al señor de Valbuena ninguna cosa que no esté conforme con su tésis.

Pero ya es tiempo, querido amigo, de apartarnos del camino en que hemos tropezado con este reptil literario, i tomar la senda que nos conduce a la fraternidad de Chile con el Uruguay, objeto único de su preciosa carta, rebosante en sentimientos nobles por este Chile tan amado por mí, i por el cual daría la última gota de mi sangre.

Ha cumplido Vd. de la manera mas espléndida con mi encargo de dar las mas expresivas gracias al señor Piquet por su valioso libro *Perfiles literarios*, i si, como Vd. me lo hace saber, « tiene alto concepto formado de Chile i de sus hombres » i ha creído rendir un respetuoso homenaje dedicando un ejemplar de su opúsculo a un hijo de este suelo bendito, que venero; yo — el último de los chilenos en valía, pero de los primeros en vijilar por su honra immaculada — recibo el libro del señor Piquet como prenda sagrada de fraternidad entre Chile i la República Oriental del Uruguay; i Vd., señor Martínez, escritor esclarecido de ese bello país i dignísimo intermediario en este lazo de union de ambas naciones, servirá, lo espero, de testigo en este pacto solemne, que nunca, jamas, sca violado!

FIDÉLIS P. DEL SOLAR.

## DOS CARTAS ABIERTAS

Dicen que don Alejandro P. Echeverría, poeta colombiano, tuvo unos amores en Lima con una joven de extraordinaria belleza; que los dos amantes vivían felicísimos en una casa que el amor había transformado en un paraíso terrenal, y que un día la Eva de aquel paraíso, no se sabe si por ajena sugestión ó por arrepentimiento sincero de su conducta, tomó las de Villadiego y fué á parar al convento más cercano, sin decir á su Alejandro: *ahí quedan esas llaves*.

Llegó éste á Chile y escribió una carta á su querida, ya monja, en valientes cuartetas españolas, notables por su facilidad y atildamiento.

El fondo de la composición en que se maldecía á la mujer hasta ayer amada, cuya suerte fué la suerte del poeta en días serenos de paz y de amor, chocó vivamente con la manera de pensar de un ilustre poeta chileno, para quien no era loito maldecir á la mujer que nos ha tenido entre sus brazos, á la mujer ante la cual hemos estado de rodillas.

Esto dió margen á que el doctor Valderrama, que es el poeta aludido, tomase la defensa de la religiosa, y en magníficos tercetos, dignos de las estrofas del colombiano, contestase los versos de Echeverría.

Esta es la historia que surge de las dos composiciones que lucen á continuación y cuya inserción en estas columnas avalora altamente el presente número de la REVISTA NACIONAL.

I

**A S O R . . . .**

Del convento en el misterio,  
Se me fingo tu hermosura  
flor que agota su frescura  
perfumando un cementerio.

Y al verte así, distraída  
de tu misión en el mundo,  
pienso que Dios, iracundo,  
ha de maldecir tu vida.

Que tú no fuiste creada  
para tan loco egoísmo,  
y tu necio misticismo  
á nadie sirve de nada.

Ya cadáver insepulto,  
sólo para el mundo eres;  
mas, olvidas tus deberes  
y haces á Dios un insulto;

porque el propio juramento  
que al Sér Supremo te ha unido,  
también yo lo he recibido  
y fué jugueto del viento.

Y ese Dios, tan justo y sabio,  
á quien de hinojos le ruegas,  
sabe que en el pecho niegas  
lo que murmura tu labio,

y que en las horas ardientes  
de la pasión comprimida,  
das en la memoria vida  
á mis caricias ausentes.

¿Ni qué digno en tus altares  
puedes ofrecer al cielo,  
si fueron míos tu velo  
y tus blancos azahares?

¿Si en la celda solitaria  
en donde mueres de anemia,  
es una torpe blasfemia  
lo que imaginas plegaria?

¿Si los cantos del salterio  
que entonas en el altar,  
la mancha no han de borrar  
de tu místico adulterio?

Podrás, quizá, en el santuario  
oscuro de tu convento,  
jurar arrepentimiento  
al pie del confesonario;

podrás, llorosa y contrita  
y humillada sobre el polvo,  
oír el *Ego te absolvo*  
del confesor eibarita;

podrás, también, al olvido  
dar tu primitiva historia  
y arrancar de la memoria  
mi recuerdo aborrecido;

pero siempre el anatema  
de tu conciencia tendrás,  
porque solución no das  
á este precioso dilema:

ó conmigo eres perjura,  
si ya mi amor olvidaste,  
ó aquel que á Dios le juraste  
es sacrilega impostura. . . .

Pudo el febril histerismo  
que enrojece tu semblante,

abrir ayer un instante  
entre Dios y yo un abismo;

podieron tus infernales  
promesas, para engañarnos,  
un instante colocarnos  
á Dios y á mí de rivales;

pero hoy, que tu labio necio  
nos ha mentido á los dos,  
tu amor lo desprecia Dios  
y yo también lo desprecio. . .

Extingue en el claustró obscuro  
que tu existencia consume  
el venenoso perfume  
de tu corazón impuro;

agota los esplendores  
de tus ardientes pupilas  
y el almiar que destilas  
en tus labios seductores;

y mañana cuando, al verte  
en el instante postrero,  
sientas el ósculo fiero  
de los labios de la muerte,

muere, muere amortajada  
en tu sayal voluntario,  
único digno sudario  
de tu conciencia menguada.

ALEJANDRO P. ECHEVERRÍA.  
(Colombiano).

. II

**A DON ALEJANDRO P. ECHEVERRÍA**

En esta pobre y misteriosa estancia,  
en donde siento mi alma arrepentida  
de las flores del cielo la fragancia,  
tu carta recibí: por ella herida  
caí, en el suelo de mi celda estrecha,  
con el dolor más grande de mi vida.

Tu mente no imagina, no sospecha  
cuán hondo fué el dolor que me causaste,  
y á do llegó tu envenenada flecha.

¿Quién pudiera pensar que tú, que amaste;  
que tú, que en tu pasión desenfrenada  
la bendita inocencia me arrancaste,  
dieras á la mujer que fué tu amada,  
en premio de su amor y su ternura,  
afrentoso desdén! ¿Pobre enclaustrada!

Te amó para calmar tu desventura,  
y el mundo la maldijo por ligera;  
y cuando fué á buscar su sepultura  
en el seno de un claustro, traicionera,  
la negra ingratitud del inconstante  
lanzó á su corazón injuria artera.

Do pie en mi celda, atónita, anhelante,  
apretando en mis manos el breviario,  
leí la carta de mi antiguo amante;  
y al ver que estaba sola en mi calvario  
y que tú me enviabas tu desprecio,  
destrocé con mis manos el rosario,

y en frente de tu altivo menosprecio  
como muerta caí en la celda fría;  
era aquel golpe demasiado recio  
y dado con sobrada alevosía,  
para que yo pudiera soportarlo,  
sin sufrir el horror de la agonía!

Lo que por mí pasó no sé contar. . .  
inquietud. . . un dolor. . . un calofrío. . .  
no sé qué; ya no puedo recordarlo;  
mas al fin de aquel loco desvarío

cogí la carta, la escondí en mi pecho  
y de ramé de lágrimas un río.

El llanto me calmó; junto á mi lecho  
me arrodillé sacrilega y llorosa,  
muriéndome de pena y de despecho.

Era el amanecer; pura, radiosa,  
entró la blanca luz por mi ventana,  
luz del Señor que confortó á su esposa,  
y al ver aquel fulgor de la mañana  
iluminar mi frente enrojecida,  
reflejo fiel de la miseria humana,  
me sentí de este mundo desprendida,  
perdoné de tu epístola el lenguaje,  
y oré, Alejandro, por tu frágil vida.

Esta carta es el último homenaje  
que rinde un corazón apasionado  
á quien le hirió con temerario ultraje.

Para nosotros todo ha terminado:  
no soy una mujer; soy religiosa;  
no tengo corazón; tú lo has matado!  
Sola me acojo á Dios; no estoy llorosa;  
al sayal de una monja nadie alcanza;  
la querida murió; le abrió la fosa  
quien le arrancó la flor de la esperanza;  
puedo reflexionar con sangre fría;  
del bien y el mal sostengo la balanza.

Por eso puedo ya, sin cobardía,  
contigo discutir tranquilamente,  
segura de la paz del alma mía.

¿De qué me acusas? Habla francamente;  
¿de haber buscado asilo en un convento,  
donde posar mi fatigada frente?

Y si ésto fué en verdad tu pensamiento,  
¿por qué no me llevaste á los altares  
y diste vida á tu alto sentimiento?

¿No pudieron los rivos luminares  
de mis hermosos ojos conducirte  
hasta una choza con sus viejos lares?

Muchas cosas pudiera yo decirte;  
mas no seré contigo despiadada:

no puedo con mis labios maldecirte  
á ti, do quien, al cabo, fui la anada;  
¿pudores de un amor pasado y muerto!  
¿cortesía de una alma contristada! . . .

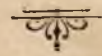
Al fin y al cabo, ya he llegado al puerto,  
y en esta celda, que es mi sepultura,  
mi cuerpo encontrarán un día yerto.

Dios te colme de dichas y ventura! . . .  
Por ti rogaré á Dios mientras yo viva;  
y al dejar esta tosca vestidura,  
cárcel en donde mi alma está cautiva,  
por tu felicidad pedirá al cielo,  
y Él ha de oír mi voz caritativa.

Sólo hay un Dios que es fuente de consuelo:  
ese es el solo amor que satisface  
y que hoy me envuelvo en este negro velo.  
Gloria mundana el viento la deshace;  
la celda es un sepulcro, mas no miente  
y muestra sin disfraz el desenlace.

La campana del coro ya se siente. . .  
¿Que vivas en la paz y la concordia,  
que adores en el Dios omnipotente  
y que Él tenga de ti misericordia!

ADOLFO VALDERRAMA.  
(Chileno).



## Apuntaciones bibliográficas

LA REFORMA ORTOGRÁFICA. SU HISTORIA Y SU ALCANCE. TRATADO DE ORTOGRAFIA REFORMADA. POR EDUARDO DE LA BARRA (DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA).

Un escritor americano cuya gran reputación corre parejas con su actividad incansable, el eminente prosodista don Eduardo de la Barra, viene publicando en Chile una serie de trabajos gramaticales destinados a afirmar las conquistas ortográficas alcanzadas en aquel país y a preparar discretamente la reforma, implantada por Bello y Sarmiento hace más de medio siglo.

La tarea emprendida por el señor de la Barra es de esas que merecen ser alentadas, por el espíritu de progreso que las informa, por el plausible esfuerzo que implican y por el desinterés y el bien entendido amor patrio que revelan.

Es obra digna del autor de los *Elementos de métrica castellana*, que lleva publicadas siete obras de erudición y verdadero mérito en los meses transcurridos del año presente.

El ilustre literato se propone llevar a cumplido término la reforma ortográfica partiendo de base segura: de la sustitución del imperfecto abecedario actual por otro que responda a las exigencias del principio fonético: *un signo para cada sonido y un solo sonido para cada signo*.

«Un orador de aldea, refiere, había perdido los dientes, y el menguado, en una solemne ocasión, dicen que pidió a un vecino su dentadura postiza, para ayudarse; pero, como era de esperar, la dificultad creció para él, pues se llenaba la boca con un inútil estorbo, desde que aquel aparato no se ajustaba a su paladar ni a sus encías.

«Así nosotros, usamos un alfabeto ajeno, el latino, que no nos deja escribir como hablamos, cual el ridículo orador que no atinaba a decir lo que quería, impedido, más que auxiliado, por los dientes de su compadre.»

La cuestión de la reforma alfabética está nuevamente en tabla de discusión, después de algunos años en que parecía abandonada a los caprichosos embates de la suerte.

A partir de la reacción de 1888 y del movimiento de 1884, en el cual tomaron muy activa participación, a favor y en contra de la reforma, los distinguidísimos literatos Miguel Luis Amunátegui, Zorobabel Rodríguez, Adolfo Valderrama, Sandalio Letelier, Fidelis P. del Solar, Enrique Nercasseau y Morán y Francisco Solano Asta-Buruaga, la cuestión de la reforma alfabética parecía sólo destinada a aumentar la anarquía reinante en Chile en materia ortográfica.

Hoy renace armada de todas armas, fuerte y briosa, como brotó de la luminosa frente de Bello; y hasta con más títulos: con el prestigio de más de medio siglo de práctica casi uniforme en la culta República chilena.

Pero nos expresamos inexactamente cuando decimos que la reforma fué iniciada por el sabio venezolano: es sabido que el

principio fonético tuvo muchos y muy calurosos defensores antes que él.

Baste recordar que el célebre Antonio de Lebrija ó Nebrija enseñaba, allá en el siglo XVI, que «debíamos escribir como pronunciamos y pronunciar como escribimos.» Excepto diferencias de detalle, lo mismo han sostenido Mateo Alemán, Juan López de Velasco, Gonzalo Correas, Bartolomé Jiménez Patón, llamados, a justo título, los padres de la gramática castellana. Y el doctor don Juan de Iriarte comenzaba así, hace más de cien años, su discurso de incorporación en la Academia Española: «Siendo propiamente la escritura una imagen ó retrato de la palabra, como ésta lo es del pensamiento, parece que las letras y los sonidos debieran tener entre sí la más perfecta correspondencia: esto es, que no había de haber letras que no tuviesen su sonido, ni sonido que no tuviese su letra; que cada carácter no hubiese de señalar más que un sonido, ni cada sonido ser señalado por diversos caracteres; y, consiguientemente, que se debiera escribir como se había ó se pronuncia.»

En realidad no habría necesidad aquí de estampar noticias tan divulgadas, que no despojan ciertamente á Bello de la gloria de ser el iniciador de la reforma en Chile, como quiera que con veinte años de antelación á Sarmiento propuso su sistema Londres en 1823 en la *Biblioteca Americana* y en el *Repertorio Americano* en 1826, en unión de García del Río. Pero no está demás repetirlo, si se considera que ese hecho le valió á Bello en vida el dictado de plagiarario, de que apenas se libran los que labran la tierra y depositan en su seno la semilla fecunda.

El planteó la reforma y la presentó en el orden sucesivo con que su espíritu eminentemente práctico creyó debía ser adoptada.

Al proceder así, obró con mucha cordura, convencido de que las tareas relacionadas con el perfeccionamiento de las lenguas, como todas las colectivas, hallan su mejor auxiliar en el tiempo.

Varias especies de irregularidades notó en el viejo alfabeto corriente. He aquí las principales:

1.º Un mismo sonido es representado por dos signos diferentes: *i-y, g-j, c-s k-qu*.

2.º Un mismo signo alfabético representa dos sonidos diferentes: como la *r* (1) al principio de dicción y después de las consonantes *n, l, s*, y la misma letra en medio de palabra; la *y*, en *yugo* y en *convoy*; la *c* en *caña* y en *cielo*.

3.º Suelen emplearse signos que no representan ningún sonido, como la *h* cuando no es aspirada, ó como la *u* después de la *g*.

Veamos cómo escalonaba Bello la reforma para su mejor realización en la práctica.

La dividía en dos épocas:

### ÉPOCA 1.ª

I. Sustituir la *j* á la *x* y á la *g* en todos

los casos en que estas últimas tengan el sonido gutural árabe.

2. Sustituir la *i* á la *y* en todos los casos en que ésta haga las veces de simple vocal.

3. Suprimir el *h*.

4. Escribir con *rr* todas las sílabas en que haya el sonido fuerte que corresponde á esta letra.

5. Sustituir la *s* á la *c* suave.

6. Desterrar la *u* muda que acompaña á la *g*.

### ÉPOCA 2.ª

7. Sustituir la *q* á la *c* fuerte.

8. Suprimir la *u* muda que en algunas dicciones acompaña á la *g*.

\* \*

El señor de la Barra llega á estas mismas conclusiones y coincide con el maestro en el modo de llevar á término la reforma, que lucha y luchará seguramente aún mucho tiempo con la fuerza de la costumbre, que es poderosa. Este poder de la inercia sólo puede vencerse yendo por grados, de modo que el cambio se efectúe paulatinamente y no de golpe. «El haz de mimbres más resistente, dice valiéndose de un símil tan hermoso como exacto, se vence sin gran dificultad, si se le va quebrando varilla por varilla: así también se doma la rutina invencible.»

Algunas diferencias se advierten, empero, entre los sistemas de Bello y de la Barra.

El filólogo venezolano creía que era necesario que la *g* sustituyese á la *c* fuerte. Y el señor de la Barra opta por la *k*, apadrinada por Gonzalo Correas y por la gran mayoría de los fonetistas de nuestros tiempos, que la prefieren por la universalidad de su valor gutural, por su mayor claridad y belleza, por la imposibilidad de confundirla con otras letras y por la mayor fidelidad con que conserva á veces el carácter etimológico de las palabras.

Testigos de sus ventajas son los ilustrados neógrafos chilenos Alberto Liptay, Carlos Newman, Carlos Cabezón y Manuel A. Delano, que partidarios al principio de la letra de ignorado origen, concluyeron por adoptar la griega.

Otra diferencia notamos entre los sistemas en cuestión.

El señor de la Barra, contrariando la opinión de Bello, sustituye la *x* entre vocales por la combinación *cs*. Para este último, tal equivalencia no existe en el castellano actual, y la *x* representa una articulación peculiar que se aproxima más al sonido de *gs* ó *s* sola, que al de *cs*, sonido que prefiere el señor de la Barra. Don Andrés Bello sostenía que pronunciar *examen* y *ecsonerar*, dando su verdadero valor á la *c*, parecería afectación y recalcamiento.

El eminente autor de la *Reforma ortográfica* siente con José Segundo Flores, Martínez López, Domínguez, Fernández Monje y Fidelis P. del Solar, que no debe pintarse en lo escrito una letra que nadie pronuncia ya sin incurrir en singularidad afectada, aunque la práctica opuesta cuente, entre muchas otras, con las autoridades de Sicilia y de Bello, quienes consideraban preferible pronunciar, y por consiguiente escribir, *ex-*

(1) Don Andrés Bello llamaba á esta letra *ert*, y el señor de la Barra propone se la llame *ra*, con sonido suave, fundándose en que *rr* bien no significa dicción, comúnna sílaba, hecho fonético distinto. Su argumentación no nos convence del todo. Si al señor de la Barra se le preguntara cómo denomina á esta letra, contrariando á su aseración y apelando á un sonido casi impronunciable, diría, sin duda alguna, *rr*.

pedir, expectación, expectativa, porque ello «tiene á su favor el uso de las personas instruídas que no se han dejado contagiad de la manía de las innovaciones.»

Otra de las variantes de importancia que el nuevo sistema presenta es la de la adopción de la *w*, como consecuencia de la desaparición de la *h* ante los sonidos *ua*, *ue*, *ui*. Reemplazándolos con *wa*, *we*, *wi*, se evitarían numerosas inconsecuencias y la *w* se convertiría en consonante, lo mismo que la *i* en los diptongos *ia*, *ie*, cuando comienzan dicción. (1) Esa práctica, que se observa en la lengua inglesa, ha sido propuesta para la francesa por el reputado filólogo Darmesteter y para la castellana por el señor Fernando Araújo en sus *Estudios de Fonética*, y por el señor Guillermo Frick en algunas observaciones sobre la ortografía universal presentadas en 1883 á la consideración del Consejo de Instrucción Pública de Chile. Hoy es defendida por filólogos de reputación universal.

El sabio autor de los *Ensayos literarios y críticos*, don Alberto Lista y Aragón, dijo en su *Juicio crítico á la edición octava del Diccionario de la Academia Española*, que «así como las reformas políticas son inútiles y aun perniciosas cuando no están en armonía con el espíritu de las naciones, así también las relativas á gramática y ortografía son inoportunas si no se conforman con el uso general, que es la razón suprema del idioma.»

Hay que convenir en que entre las personas que prestan preferente atención á estas cuestiones, la opinión del autor de los *Ensayos* está desgraciadamente muy generalizada.

Hay demasiados partidarios de las prácticas actuales, demasiados adoradores del uso, demasiados adeptos del principio etimológico, para que sea dable esperar su pronta desaparición del mundo de la ciencia.

Pero ¿qué se opone en castellano á la admisión del principio fonético? ¿Por qué razón hemos de estar sujetos siempre al dominio de la vieja rutina?

La etimología, el uso y la pronunciación son, según la Academia, las bases de nuestra escritura.

Pero la etimología y el uso no lo serán en lo futuro necesariamente, oponiéndose como se oponen á las nuevas ideas. Dejarán de ser invocados, porque todo lo que no encuentra apoyo en la razón humana, todo lo que va contra el progreso, todo lo que es inútil, cae necesariamente en desuso.

Es la marcha natural de las cosas, y no hay nada capaz de contener su impulso arrollador.

¿Qué puede, en verdad, detenerla? ¿La etimología? Pero ¿ha impedido acaso la etimología los progresos alcanzados? ¿Ó se sostendrá que ha permanecido inmóvil la escritura ante la marcha jamás interrumpida del progreso?

¿Ha sido la etimología capaz de conservar la *ph* con sonido de *f*, la *x* con valor de *j*, la *ch* con sonido de *k*, la duplicación de la *s*, la *y* en los diptongos *ay*, *oy*, *uy*, cuando no terminan dicción, y tanta cosa inútil como ha ido á morir al dominio de lo pasado? No hay nada más ridículo que alegar orígenes más ó menos ignorados contra las prácticas actuales del lenguaje. «Conservar letras inútiles por amor á las etimologías, dice Bello, me parece lo mismo que conservar escombros en un edificio nuevo para que nos hagan recordar el antiguo.» El uso? Pero el uso, cuando se opone á la razón y la conveniencia de los que leen y escriben, merece más bien, como se ha dicho alguna vez, el título de abuso. Él no es ni puede ser obstáculo á la admisión de nuevas ideas. En ningún orden de conocimientos son los usos y prácticas sino antecedentes más ó menos atendibles, razones de segundo orden, satisfactorias en tanto no son substituídas por otras mejores; algo así como un homenaje que rinden los hechos á la verdad y la razón. «Si la práctica fuera un argumento, dice el doctor Manuel María Madiedo en su *Derecho de Gentes*, ¿cuándo ni cómo podríamos progresar en algo sobre la tierra? Es la práctica la que se exclamaría siempre; y toda reforma y toda mejora serían de todo punto imposibles. Prácticas que desconocen ó atropellan el derecho fundamental de las sociedades civilizadas, no tienen razón para seguir existiendo entre hombres que aspiran á ser llamados naciones; y si la práctica fuera una razón contra un derecho desconocido ó atropellado, todavía sería lícito degollar ó vender al prisionero de guerra y deshonrar á la esposa del siervo de la gleba, porque eso se ha practicado como una prerrogativa del vencedor romano y como una regalia del señorío de los tiempos feudales.»

Queda, pues, subsistente y en pie el principio de la pronunciación como base de la escritura, cuyo oficio, debemos tenerlo muy en cuenta, no es dar leyes á la pronunciación y modificarla á su capricho, sino presentarla fielmente, con entera verdad.

Pero la innovación, se dice, no extirparía las anomalías ortográficas, porque el alfabeto hablado, acreciendo el cúmulo de sonidos articulados con variadas distinciones y matices de pronunciación, no tarda en traspasar largamente los límites del alfabeto escrito; porque la pronunciación, según Whitney y Darmesteter, cambia de región á región, de ciudad á ciudad; en una misma localidad, de gente á gente, de sexo á sexo; en un mismo individuo, con la edad y el humor del momento; porque el cambio de unas letras por otras en el castellano—cambio que debería hacerse extensivo á las palabras y frases tomadas de otros idiomas—produciría el efecto de variar la pronunciación de ellas ó alterar su sentido: así la *g* de *gentium* y *generis*, en *ius gentium* y en *sui generis*, se pronunciaría como *y*, que es el sonido que le daban los latinos, y la palabra inglesa *gest*, que escrita así significa *prueba*, pasaría, escrita con *j*, á significar *chance*, y así muchas otras; finalmente, porque el idioma, como los árboles, vive por

sus raíces, por su origen, por la base fundamental de su misma existencia.

El tiempo dirá si el valor de estas observaciones, cuya exactitud é importancia estamos distantes de negar en absoluto, será suficiente valladar para oponerse á la reforma, cuya sencillez y verdad no pueden menos de cautivar á los espíritus despreocupados, independientes y cultos. Pero advirtamos desde ahora que cuando hablamos de pronunciación nos referimos á la de la gente educada de todas partes, á la de las personas cultas que poseen el idioma á perfección, no á la viciada del *mayor número*, principio no muy atendible en cuestiones de gramática. Adoptar otro criterio, someterse á la mayoría en prueba de obediencia, sería dar la muestra de la más supina bisontería, porque—no llevando las analogías más allá de lo razonable—en la ciencia, como en la política, la capacidad es el único título que da el derecho de voto.

Contribuir al resultado apetecido por el eminente autor de los *Elementos de métrica castellana*; allegar nuestro grano de arena á la obra grande y patriótica de la reforma de la ortografía, es el objeto de estas mal pergeñadas líneas, debilísimo testimonio de admiración sincera, de simpática adhesión y de confraternidad americana.

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

## LOS PRIMEROS POBLADORES

Juan Díaz de Solís (1516), Hernando de Magallanes (1520), Sebastián Gaboto y Diego García (1527-1528) descubrieron, visitaron y reconocieron respectivamente los ríos de la Plata, Uruguay, Paraná y Paraguay; pero la época de la conquista y colonización de las provincias que abrazan, comienza en 1537 con don Pedro de Mendoza.

Solís, reputado el mejor piloto de su tiempo, descubrió á principios del año 1516, buscando un estrecho para la Mar del Sur, el Río de la Plata; pero muerto alevosamente á manos de los charrúas en la margen oriental junto á la isla de Martín García, en seguida tomaron á España sus compañeros, quedando fugitivo en tierra uno de ellos, que escapó de la matanza como por milagro.

Magallanes, intrépido navegante, que ofreció abrir por la vía del oeste un paso para las codiciadas islas de la especería, que aseguraba pertenecer á la Corona de Castilla, visitó á principios del año 1520 el Río de la Plata, recorriéndolo de orilla á orilla para verificar su anchura, que encontró de veinte leguas; reemplaza la aguada, prosigue su derrota, descubre el estrecho que lleva su nombre, y muere defendiéndose con generoso heroísmo en las Filipinas.

El año 1527 entró por el Río de la Plata Sebastián Gaboto, marino diestro y animoso, inducido á ello por la imposibilidad de continuar, faltar de víveres y pérdida la mayor de sus embarcaciones, la derrota que llevaba hacia la India Oriental por el estrecho de Magallanes. Fundeado en la isla de San Gabriel, frente á la Colonia del Sacramento, despacha en reconocimiento del Río

(1) Nuestro autor parece inclinarse á la opinión de que la *w* en estos casos se hace consonante, aun cuando el diptongo no figure al principio de palabra, y escribe *adjuero*, *enyeolo*, á mi entender contra las leyes de la ortografía.

Uruguay al capitán Juan Álvarez Ramón, quien arrojado por una tormenta contra un banco de arena cerca de la desembocadura del Río Negro, se salva del naufragio en un bote con toda su gente, pero muere en seguida con algunos compañeros batallando con los yaros. Toma Gaboto un brazo del Paraná y sube hasta el Carcarañal, provincia de Santa Fe, donde construye un fuerte con el nombre de Santi-Spiritus. Continúa, navega el Paraguay hasta el Bermejo, y Gonzalo Núñez de Balboa, que iba adelante, hermano del heroico descubridor del Mar del Sur, con una veintena de españoles que le acompañaron a tierra muere en desesperada pelea contra los temibles agaces cerca del bañado de Nembucú. Baja Gaboto el río y encuentra a Diego García (1528), enviado directamente al río de Solís. Pero García, encontrando ya a Gaboto en posesión de nuevos descubrimientos, hubo de cederle la primacía, y se vuelve a España. Poco después hizo lo mismo Gaboto, con el objeto de justificar su conducta ante el Rey y de obtener el permiso y elementos necesarios para continuar sus descubrimientos; y aunque recibidas con el mayor agrado sus gestiones, en resolución le salieron frustradas á causa de la penuria del erario. Desaparecen por último, de las tierras recién descubiertas, unos trágicamente, otros arrastrados por el viento, allí siempre recio, de la fortuna, ciento diez hombres que bajo el mando de Nuño de Lara había dejado Gaboto de guarnición en el Fuerte de Santi Spiritus. He aquí cómo Mangoré, con quien los españoles estaban en paz, se enamoró perdidamente de Lucía de Miranda, mujer hermosa, casada con Sebastián Hurtado. Poséido de un salvaje delirio, se propuso acabar con los españoles, á trueque de poseer el suspirado objeto de sus desvelos. Aprovechando la circunstancia de haber salido cuarenta hombres (entre ellos Hurtado) al mando del capitán Rui García Mosquera en busca de víveres por las islas y riberas del Paraná, junta sobre cuatro mil bárbaros, y se aproxima una noche á Santi-Spiritus, poniendo de emboscada á casi toda su gente en un suzal que había á no larga distancia del fuerte. Se acerca, y anuncia al centinela que traía bastimentos. Viendo la guardia que eran pocos los que lo acompañaban, les abre, y al punto caen los emboscados como jauría de perros sobre el fuerte, y sorprendiendo en sus camas á la mayor parte de los españoles, hacen en ellos una feroz matanza. Mas no pudo gustar Mangoré el fruto de su infame traición; porque entre los españoles que pudieron empuñar las armas, sale á la plaza Nuño de Lara respirando venganza, y aunque ya con una flecha enterrada en el cuerpo, se abre paso a filo de la espada por entre la muchedumbre que con espantoso clamoreo huye aterrorizada: frenético de furor, busca diligente á Mangoré, da con él, y asestando tres grandes cuchilladas, lo derriba muerto. Acribillado de heridas, cae Nuño de Lara exánime al suelo, y rodeándolo los bárbaros, concluyen con él á saetazos y golpes, así como con los pocos españoles que mantenían la pelea. Vuelta á Santi Spiritus la expedición de García Mosquera, el infeliz Hurtado huye desatentada-

mente á buscar entre los bárbaros á Lucía, de quien Siripo, hermano de Mangoré, se había posesionado en vano aspirando á los halagos de su bella cautiva. Irritado un día Siripo, la hace quemar viva á presencia de Hurtado, al mismo tiempo que éste, atado á un árbol, era muerto á flechazos. García Mosquera y sus treinta y nueve compañeros, después de enterrar á los españoles, levaron anclas río abajo á remo y vela, pasaron el Plata, y costeano siempre por estar sin obra muerta la embarcación en que navegaban, recorrieron el Brasil hasta la bahía de Iguá, donde surgieron, á veinticuatro leguas de San Vicente. Parecióles tomar asiento en aquel paraje, y construyeron una casa fuerte, permaneciendo quietamente dos años. Á este tiempo, habiendo los españoles dado acogida al bachiller Duarte Pérez, caballero portugués desterrado de la Corte, el gobernador de San Vicente Martín Alfonso de Sousa les intimó que jurasen obediencia al rey de Portugal, ó sino se retirasen en el término de treinta días. Los españoles contesaron que no harían ninguna de las dos cosas, y aunque sin más armas que sus espadas, determinaron mantenerse á todo trance en el puesto. Por fortuna vino á echar anclas á esta sazón cerca de la bahía un corsario francés, que, sin descubrir el puesto español, desprendió un bote á la costa. Apresáronlo los españoles, y ya entrada la noche, aparentando ser los mismos marineros que habían bajado á tierra y que traían unas canoas cargadas de víveres, se acercan al buque corsario y lo toman al abordaje mediante una corta refriega. Esta feliz aventura les proporcionó armas de fuego y municiones. Entretanto los portugueses se pusieron en movimiento con dos compañías de tropa al mando de Pedro Goes y muchedumbre de guaraníes como auxiliares. Los españoles los esperaron, poniéndose veinte de ellos en emboscada con algunos cientos de indios que se les habían hecho amigos, y el resto en el fuerte. Comenzado el ataque, hacen jugar los del fuerte las piezas de artillería que habían sacado del corsario. Esto desconcertó á los portugueses, que ajenos al suceso, no esperaban tamaña resistencia, y acometidos de improviso por los de la emboscada, huyen desordenados, cayendo prisionero un comandante y siendo perseguidos y acuchillados hasta San Vicente. Saquearon los españoles el pueblo y se fueron á establecer, con algunos portugueses que quisieron seguirlos, á la isla de Santa Catalina, que pertenecía indisputablemente á la Corona de Castilla.

Gaboto, antes de ir él á España, había escrito al Rey explicándole las causas por las cuales se internara en el río de Solís, en lugar de seguir su viaje á la India. Al mismo tiempo le enviaba á prestar vasallaje unos indios de la tierra, adornados con dijes de plata. De aquí vino que el río hasta entonces llamado *de Solís* se exornase con el sobrenombre, tan lisonjero como engañoso, *de la plata*, asociado naturalmente á la persona de Gaboto, así como el mundo de Colón no fue *mundo de Colón*, sino *América*, de Américo Vespucio: la verdad y la justicia, que hacía largos años huieran al cielo, entonces, como en el

día presente, no habían ni han vuelto á la tierra.

Las noticias, aunque en realidad infaus-tas, que así un tanto dulcificadas corrían por España de este nuevo teatro de arriesgadas aventuras, encendieron en el pecho de don Pedro de Mendoza el anhelo de ser un protagonista. Habíase distinguido como guerrero al servicio del emperador Carlos V y hallado en el asalto y saco de Roma, siendo poseedor de un cuantioso mayorazgo en Guadix. Lo exhausto del erario, imposibilitando satisfacer á Gaboto, abrió camino á la ambición de don Pedro, quien ofreció al rey disponer una expedición y conquistar y poblar, de su exclusivo peculio, las recién descubiertas tierras: reconocer las que caían hacia la mar del Sur (hoy Océano Pacífico austral) y llegar hasta sus orillas con acrecentamiento y lustre de la Corona. Otorgósele la merced que pedía por capitulación fecha en Toledo á 21 de mayo de 1534, confiriéndosele el título de adelantado alguacil mayor gobernador y capitán general de las tierras, provincias y pueblos que conquistare, pacificare y poblare, con cargo de ceñir su conducta á una provisión despachada anteriormente para casos semejantes, la cual contenía: que los conquistadores, una vez en tierra, persuadiesen primeramente por lengua de intérpretes á los indios cómo el rey de España los enviaba á enseñarles buenas costumbres, apartarlos de comer carne humana y de los demás vicios que les eran habituales, y proporcionarles una vida mejor que la errática y miserable que llevaban: que los conquistadores sólo en defensa de sus vidas y bienes hiciesen guerra á los indios, y eso en el modo y forma que la religión cristiana permite y manda: que no los saquen con violencia de sus tierras y naturaleza, y caso de que buenamente se prestaren á ello y luego quisieren restituirse á su condición primitiva, los dejen, á no ser que hubiese inconveniente ó peligro en ejecutarlo: que no los apremien al trabajo en ningún género de granjerías; y finalmente, que los traten bien, al igual de los demás súbditos y naturales del reino, y como prójimos los miren y favorezcan.

Don Pedro de Mendoza puso en seguida manos á la obra, desplegando tal ardor y munificencia en los preparativos á la expedición, que unos ricos mercaderes, entre quienes cundiera el entusiasmo que á él le dominaba, quisieron meter en ella también sus caudales, y algunos se empeñaron aún en más que sus posibles. Por lo mismo allegósele muchedumbre de gente, logrando componer muy pronto el ejército más gallardo y lucido que vieron las Indias, así por la calidad de las personas que lo integraban, muchas de ellas ilustres, como por su pericia y valor. En catorce embarcaciones salió de Cádiz, arribando á San Lucas por la fuerza del mar y siguiendo viaje definitivamente el 1.º de setiembre de 1534. Un temporal les llevó dispersas las embarcaciones, á las islas de Canaria. Luego tocó en la de Santiago de Cabo Verde, y por último, tras larga y azarosa navegación hizo arribada en Río Janeiro con parte de la armada, separada por una tormenta del resto, que al mando de su hermano el almi-

rante don Diego fué á dar al Río de la Plata.

Allí, hallándose muy enfermo, nombró por maestre de campo á Juan de Osorio, valiente y experimentado guerrero, que además había contribuido á la expedición con todo cuanto tenía: tan bien visto entre los soldados por su trato afable y liberal, como repugnado don Pedro por su desabrida condición y dureza en el mando. El valimiento que de resultas se granjeara Osorio entre la gente de la expedición, fué parte para que diese fácil oído don Pedro á cierta hablilla enderezada á empalidecer en su ánimo el concepto de lealtad que se mereciera; y así prevenido contra él, mandó que lo matasen sin dilación, recelando que, si llegase á sospechar el maestre de campo la suerte que le esperaba, lograse acaso frustrarla con su prestigio y grande acierto. En el acto Juan de Ayolas, Juan de Salazar, Jorge Luján y Lázaro Medrano ejecutaron la orden dándole de puñaladas. El resultado de la expedición, de aquí adelante, fué por demás desastroso: peregrinaciones y trabajos sin cuento, miserias y hambres horribles, un incansante batallar con los indios, la muerte, en fin, á cada instante y en sus más siniestras formas. Los soldados, dolidos con la pérdida de un jefe entendido y animoso en quien cifraban las esperanzas de mejor fortuna, achacaban tamaños males á su general, que, impedido por sus dolencias, mostrábase incapaz de llevar á buen término la empresa. Así sucedió con efecto.

En enero de 1535 se juntó don Pedro con el resto de la armada que al mando del Almirante lo esperaba en la isla de San Gabriel; y practicados algunos reconocimientos, pasó á la orilla opuesta del río, á los 34° 36' 28" en donde hizo asiento. El primero que saltó en tierra fué Sancho del Campo, y exclamó: ¡que buenos aires son los de este suelo! De donde vino el llamarse con este calificativo á la hoy opulenta capital de la Confederación Argentina. Construyóse allí un fuerte y casas de barro con techo de paja, que muy luego habían de ser arrasadas.

Establecidos, pues, los españoles en Buenos Aires, no tardó en darse una furiosa batalla con los indomables pampas, ó *guaraníes*, que aunque castigados y deshechos se dieron maña para matar con sus dardos y bolas de piedra á don Diego de Mendoza y á otros esforzados caballeros de distinguida hidalguía. Diego Luján pereció allí, y un río cercano á cuya orilla fueron encontrados sus restos, lleva hasta el presente su nombre. Sucede en seguida el hambre espantosa descrita por Ulrico Schmidel y el clérigo Luis de Miranda que la padecieron; y en una salida que hace Jorge Luján en busca de víveres por las islas del Paraná, perece la mitad de la gente en el trayecto: con el mismo objeto va Gonzalo de Mendoza al Brasil. Entretanto los pampas y guaraníes confederados acometen é incendian la ciudad con mechones afianzados á los techos. Ayolas, que habla subido á reconocer el Paraná, regresa con noticias algún tanto halagüeñas, á vista de las cuales el Adelantado tuvo por bien cambiar el nombre de Corpus Christi á un fuerte que aquél construyera más arriba de Santi-Spiritus, por el de puerto de Buena Esperanza, y de-

jando el gobierno de Buenos Aires á Francisco Luis Galán, se hizo hacia él á la vela, con la mitad de la gente. Desde allí despacha al mismo Ayolas para que subiendo el Paraguay atravesase luego por tierra hasta comunicar con el Perú, y dos soldados marchan voluntarios por el interior con la insensata determinación de realizar directamente igual designio. Cosa llana y corriente era á la sazón esta clase de delirante heroísmo. Cuando Gaboto hizo pie en Santi-Spiritus, cuatro españoles, uno de ellos llamado César, ejecutaron idéntica hazaña, peregrinando hasta la misma cordillera de los Andes, y vueltos al punto de partida, que encontraron desolado por la tragedia de Mangoré, encamináronse nuevamente hacia el Perú. Conócese este hecho en la historia por la *conquista de los Césares*.

El Adelantado, antes de despachar á Ayolas, mediado el año de 1536, pasó revista. Sobre dos mil quinientos hombres salieron con él de España, y sólo halló quinientos sesenta: los demás habían perecido. Inesperado y bien acogido refuerzo le ofreció la llegada de Gonzalo de Mendoza, que volvió del Brasil acompañado de García Mosquera y su gente, quienes se le incorporaron en Santa Catalina, siguiendo después en todas sus vicisitudes las huestes de la conquista. Contempló algo mejorada la precaria situación de la empresa, particularmente con el establecimiento de Buena Esperanza, en que era auxiliado con solicitud por los timbús, que recibieron de paz á los españoles; pero enfermo, ulcerado, abatido, determinó retirarse á España. Al efecto extendió una memoria en Buenos Aires á 21 de abril de 1537, en que declaraba y encarecía, entre otras cosas, lo siguiente: que su lugarteniente Juan de Ayolas llevase adelante las operaciones de la conquista según las indicaciones que le hacía, sin perjuicio de proceder como mejor entendiere atendidas las circunstancias: que no aplicase castigos sino con mucha razón y justicia, y en cosas que pudiere pasar, fuese tolerante: que si en sus expediciones entrase tan adentro, que se encontrase con Almagro ó Pizarro, procurase hacerse su amigo; pero que si ellos intentaban invadir el territorio que le estaba asignado y pertenecía, los repeliese por la fuerza, y á más no poder les hiciese los debidos requerimientos y protestas para mantener íntegros sus derechos: que si por la gobernación del Río de la Plata y la que tenía señalada hacia la mar del Sur, quisiera dar Almagro ciento cincuenta mil ducados, ó aunque no fueran sino cien mil, como lo hizo con Pedro de Alvarado porque se volviese á á su tierra, cerrase el trato dinero en mano, á no ser que viere otra cosa que fuese más en su provecho, había consideración á no dejarle morir de hambre: que no lo olvidase, pues se iba con seis ó siete llagas, cuatro en la cabeza, una en la mano y otra en la pierna: que le diese noticia de lo que hiciere; y si adquiría alguna perla ó joya, no dejase de enviársela pronto, ya que, como le constaba, no tenía que comer en España, estando cifrada en él, después de Dios, toda su esperanza. El rico mayorazgo, el esforzado caballero, el altivo hidalgo, volvía á sus lares pobre, doliente y mísero. Embarcóse: en el

viaje, á falta de víveres frescos, hizo matar una perra: comió la carne, y á los pocos días, después de un grande desasosiego, murió. Las aguas del Océano, cerca de las Islas Terceras, recibieron el cuerpo de este desdichado. Ayolas, subiendo el Río Paraguay con trescientos sesenta hombres, encontró á los indios *carios* ó guaraníes en número de cuatro mil, á quienes sometió después de tres días de combate y acrió del pueblo de Lambaré, donde se habían hecho fuertes. La rendición tuvo lugar el día de la Asunción de Nuestra Señora, en cuya memoria y homenaje bautizóse con ese nombre una casa fuerte que allí mismo, á los 25° 16' 40" de latitud, mandó construir el caudillo español. Poco después se hicieron otros edificios, y quedó señalado este punto como capital y centro de las operaciones de la conquista.

Signió Ayolas río arriba hasta los 21° 5' de latitud, puerto de la Candelaria, y dejando á Domingo Martínez de Irala con cincuenta hombres con encargo de esperarle cuatro meses, atravesó las provincias de Chiquitos y Santa Cruz de la Sierra, dando continuadas batallas contra las numerosas tribus de indios que le interceptaban la marcha, hasta llegar á la falda de la cordillera de los Andes. De aquí regresó también peleando, y ya cerca de la Candelaria, los albayás y payaguás conferados le armaron una emboscada y lo mataron á él y á todos sus compañeros. Cayeron en esta matanza don Carlos de Guevara, don Carlos Dubrín, hermano de leche del Emperador Carlos V, don Juan Ponce de León, hermano del Duque de Arcos, y Luis Pérez de Cepeda y Almadá, que la tradición y la historia dan como hermano de Santa Teresa de Jesús.

Entretanto había llegado al Río de la Plata (octubre de 1538) el veedor Alonso Cabrera, mandando cuatro embarcaciones y conduciendo doscientos soldados, algunos oficiales, municiones, etc. Era asimismo portador de una real cédula fecha en Valladolid á 12 de setiembre de 1537, por la cual se disponía que en caso de que á su llegada fuese muerto Ayolas, hiciese juntas á los pobladores, y previo juramento de mirar al servicio del Rey y al bien de la tierra, eligiesen por mayoría de votos la persona que debía desempeñar el cargo de gobernador y capitán general de las nuevas provincias. Así se hizo en la Asunción, recayendo el nombramiento en Domingo Martínez de Irala. Considerando éste la dificultad de mantener á tan larga distancia de la Asunción el puerto de Buenos Aires, determinó que se desdoblase; medida inconveniente, porque dejaba sin puerto de comunicación y escala el Río de la Plata, y que se llevó á ejecución no sin protesta formal de los pobladores, apoyados por los mismos indios comarcanos, que aseguraban haber llegado al Brasil con mucha gente cuatro navíos de España. Esto se efectuó á mediados del año 1541, que es desde cuando data la erección del puerto de la Asunción en ciudad, cuyas armas fueron: las esfiges de la Asunción y de San Blas, recientemente proclamado patrono de la conquista, una casa fuerte y un coro, árbol en que abunda el país.

## MORAL Y ESTÉTICA

Á José Enrique Rodó.

Nadie más autorizado que el ilustre maestro don Juan Valera, para disertar sobre el tema que indica el epígrafe. Nadie más digno de ser estudiado con atención é interés intensos, en todo cuanto dice en su estilo sugestivo, de sabor clásico primoroso y de sencillez encantadora. Pero nadie más difícil de ser bien comprendido por los que constituimos la turbamulta de neófitos del arte, y, sobre todo, por los lectores de ingenio poco sutil.

Valera corre parejas con Campoamor en punto á sutileza y segunda intención. Casi todos los escritores españoles, los de genio, se caracterizan por esas condiciones: tienen algo de Cervantes. Por eso, por el ingenio, logran ser leídos con gusto hasta por muchos tontos, que llegan á creer, pongo por caso, que o que vale Campoamor lo vale por el chiste y la sátira que da la nota risueña, casi siempre la nota dominante en sus versos.

Valera disertó sobre *Moral y Estética* en dos artículos de crítica sobre el *Himno á la Carne*, de que es autor Salvador Rueda. Su ingeniosísima argumentación tendía á demostrar que « el goce del amor, patentizado por el arte, es anti-estético » Desde hace algunos años este es uno de los asuntos de arte que más se discuten, no solamente en lo que toca al amor, sino á todo lo que el convencionalismo social pretende que se oculte en la vida real y se excluya por completo en la vida imaginaria de las creaciones artísticas.

Estas ideas defiende Valera. Las defiende en los citados artículos y en la crítica á *El Extraño*, de Reyles, y en estos otros estudios críticos: *Fines del Arte fuera del Arte*, *El Maestro de Palmira* y *La Moral en el Arte*. Y también predica con el ejemplo, en sus novelas.

En el primero de los artículos que he citado, que lleva el título de *Disonancias y armonías de la Moral y de la Estética*, dice en apoyo de su doctrina: que Horacio, cuando canta su amor á Glícera, todo nos lo cuenta, menos lo que pasa entre ellos, á solas, en la alcoba; que Júpiter, seducido por los encantos de Juno,—que se le muestra irresistible, adornada con el cinto de Venus,—empieza por requebrarla, y hasta aquí nos deja ver lo que, hace, pero luego que pasa á mayores, él y ella se envuelven en densas nubes, para que nadie vea lo que entre ambos ocurre; que el mismo Júpiter, « que era tan desaforado y propenso á ponerse el mundo por montera, » elige para unirse á la ninfa Maya « un antro memoroso y esquivo; » que el tálamo de Penélope era conocido solamente por su esposo Ulises; que Jano se une á la ninfa Camesena « en la desierta cumbre del Apenino, y circunda el agreste y amplio tálamo de tenebrosas tempestades. » Luego sigue diciendo: « No es artístico el describir prolijamente los placeres de la alcoba, » « La pintura minuciosa, vehementemente y sobrado material de la pasión,

convierte su fisiología en patología; hace pensar, no en robustez y energía, sino en desequilibrio de facultades, en el hospital ó en el manicomio. »

*Dafnis y Cloe* tiene de los rasgos anti-estéticos que señala Valera, y como éste tradujo primorosamente el citado libro de Longo, y ello demuestra que la obra mencionada fué muy de su gusto, Valera dice que hay mucha diferencia entre *Dafnis y Cloe* y el *Himno á la Carne*, de Salvador Rueda. « La diferencia, dice, es grandísima. *Dafnis y Cloe* viven hace catorce ó quince siglos; son paganos, están en cierto campo ideal, pastoril y primitivo. No choca el que se desnuden como se desnuda un caballero y una dama de ahora, quitándose la levita, pantalones, corsé, etc. En fin; es otra cosa. »

Me parece que sí, según el criterio de Valera, no cabe establecer paralelo entre la vida y obras de *Dafnis y Cloe* y la vida y costumbres de hoy, porque los héroes de Longo vivieron hace catorce siglos, pierden toda su fuerza como argumentos las citas que apunta de lo que hicieron Horacio y Glícera, Júpiter y Juno, Ulises y Penélope, etc., por la misma diferencia de épocas, y aun por otras razones, harto evidentes.

El ingenio admirable de Valera tiene tanta fuerza, que éste jamás desespera de salir con bien en la defensa de unas teorías y en la censura de otras. Muchas veces parece empeñarse el señor Valera en el triunfo de una causa perdida, y no siempre y no todos los lectores entienden en las críticas del insigne autor de *Pepita Jiménez* todo lo que dice, todo el alcance de sus palabras. Á veces halaga á algún pobre literato menos que mediano; pero entonces su estilo parece envuelto en un nimbo de finísima ironía que dice mucho al lector que no es tonto y sabe leer todo lo que siempre dejan entre líneas los escritores discretos. Parece que su verdadero pensamiento fuera este: ¡Goce el autor... y riñase de él los pocos que me entiendan!

Por eso, á pesar de la contradicción que á mí ver existe en sus argumentos en contra del gusto ultra realista de Rueda (en el himno en cuestión), no he podido darme por satisfecho y quedarme convencido, como lo estaba, de que el poema de Rueda vale precisamente por lo que Valera quiere que no valga.

He tratado de descubrir en los artículos de crítica de Valera, relacionados con el asunto de que hablo, el verdadero concepto del maestro y los fundamentos de tal concepto. He buscado con interés la opinión de Valera, porque, hay que confesarlo, andamos empecatados más de lo conveniente los escritores modernos americanos, en punto á ideas estéticas, y es necesario no seguir incondicionalmente á cualquier revolucionario, por mucho prestigio que tenga.

Después de haber leído los artículos de Valera y de haber pesado y medido sus razones, quiero decir sinceramente cuáles son mis ideas al respecto.

Valera llama á Baudelaire y á Rollinat, poetas crapulosos. Sin embargo, es partidario del arte por el arte, como lo era Baudelaire. Y entre las razones del uno y del otro yo encuentro más peso en las del último:

« La poesía, su pena de muerte ó degeneración, no puede asimilarse á la ciencia ó á la moral, » decía Baudelaire. Y no es justo llamar crapuloso al poeta de las idealidades sublimemente extravagantes, porque presenta en toda su horrorosa desnudez ciertos hechos que la moral condena, puesto que es más bien un apóstol de la moral aquel que descubre los vicios y previene contra ellos á toda la sociedad, y no el que hipócritamente calla todo lo que sabe, pudiendo evitar á muchos una triste experiencia de esas que en la historia de nuestra vida figuran en capítulos de « *quedam doloroso philosophia*. »

Esto en lo tocante á ciertas escenas de efecto desagradable, ó á descripciones de cosas repugnantes, que es con lo que no transige Valera. Todavía no he podido ver una afirmación categórica de Valera, en la cual diga que rechaza en absoluto el naturalismo francés como escuela; y por esta razón he llegado á creer que rechaza las exageraciones solamente. Dice don Juan: « Demos por seguro que no hay bien, ventura, ni goce mayor que el de los amores; pero ¿ todo bien, todo goce es para referido ó representado estéticamente por lo sublime? Esta es la cuestión. Este es el error del naturalismo; error que no se ve más claro en las desventuras que en las venturas. Sobre la muerte de un amigo, sobre la ruina de la patria, sobre los suplicios y trabajos de un apóstol, está bien escribir elegías. Pero desventuras son, y no menores, que se le pudran las narices al doctor Pangloss, que á otro le dé tiña y se le caiga el pelo, que á otro le sobrevenga una debilidad en las encías y escupa los dientes y que á otro le ocurra cada tres días una indigestión molesta y apestosa, y sin embargo ¿ son estos percances á propósito para componer versos elegíacos? Nosotros, en la vida real, nos compadeceremos en extremo del paciente, aunque sólo sea prójimo, y no amigo ó deudo; pero si hablamos en verso heroico de lo que acontece, haremos reír en vez de llorar. »

En las escuelas literarias pasa lo que en los partidos políticos: las exageraciones de un bando excitan las exageraciones del otro. Si Zola no hubiese pintado tan á lo vivo las aventuras de la baronesa Sandorff en *L'Argent*, por ejemplo, Valera daría por muy de su gusto esa novela; y el doctor Pangloss sería para él un personaje interesante... si no se le pudriesen las narices. Si Zola no fuese tan exclusivista en sus doctrinas, Valera no tiraría tanto de la cuerda opuesta.

Yo no soy intransigente. Si me fuera posible los pondría de acuerdo á Valera y á Zola; claro está que hablan de hacerse mutuas concesiones. Si quiere Valera que se excluya del arte lo que en la vida real es repugnante, estoy de acuerdo. Pero no lo estoy si me pide que en una novela que tiene por asunto el amor, no se haga una descripción minuciosa de las escenas más interesantes, por razón de que ciertas cosas relativas al amor son inmorales. Lo que constituye el verdadero fin del amor, lo que recibe la consagración solemne de las leyes divinas y humanas, lo que las fuerzas de la



naturaleza imponen; no puede ser inmoral, sino en el criterio estrecho de un convencionalismo hipocrita.

Así cuando Valera nos hace conocer, con arte maravilloso, las interioridades psicológicas de la hermosísima y espiritual Rafaela, y justifica con las condiciones de su temperamento los eróticos deslices de la heroína de su última novela; cuando nos lleva en compañía de los amantes de Rafaela, hasta la alcoba de ésta y allí nos da « con la puerta en los hocicos », como el dice que hace Horacio cuando va á visitar á Gilcera; echamos de menos, los lectores *diletantes*, la mano maestra de Zola, para que nos haga ver lo mas poético, lo más sublime de ese temperamento dado á las pecaminosas expansiones. Si con la fría minuciosidad de un inventario se nos ha de referir lo que allí ocurre, vale más que nos dejen fuera. ¡ Pero Valera lo sabría hacer! Sí, y tendría gusto en hacerlo si no existieran las preocupaciones de « ese término medio de la inteligencia y de la moralidad, que jamás perdonaría á la Magdalena. . . » Si Rafaela no desciende al pecado por un prurito de lascivia; si se entrega á sus adoradores, no porque se sienta excitada por solicitudes sensuales, sino por un exceso de condescendencia, propio de su carácter, que la inclina á derramar la felicidad y la alegría en todo lo que la rodea; si en fin, no hay concupiscencia en lo que tiene una explicación más psicológica que fisiológica, no habría escándalos, no habría inmoralidad en exhibir *poéticamente* las expansiones *prácticas* de su temperamento.

¿ Podría haber acaso algo repugnante ó anti-estético en lo que ocurrese dentro de la alcoba de Rafaela, cuando en ella daba cita á alguno de sus adoradores? Dado el carácter de Rafaela, no cabe imaginar esas perversiones del gusto erótico que dan lugar á escenas grotescas ó repugnantes. Al contrario: sólo concibe la imaginación unos detalles y un conjunto de la más hermosa poesía, sin que, ni siquiera vagamente, se despierte un pensamiento lúbrico provocando excitaciones sensuales. Quisiéramos conocer, si posible fuera sentir, esas emociones inefables de los amantes dichosos, esas impresiones intensas que dan la nota más alta en la eterna poesía de la naturaleza! . . .

No desconozco las objeciones que pueden hacerse respecto de lo que afirmo, por lo cual me apresuro á declarar que no pretendo estar yo en lo completamente cierto, sino en lo que me parece más lógico. Mal haría yo en proclamar como verdad real lo que yo pienso, cuando el mismo maestro Valera habla del asunto con el estilo de los pirrónicos. Es imposible disipar toda sombra de duda, cuando sobre un tema muy discutido se quiere dar una opinión de buena fe.

Valera tiene en apoyo de sus teorías el buen efecto obtenido con ellas en la práctica. Como diría *Clarín*: sus obras sirven de hipoteca al crédito de sus doctrinas. Pero yo, admirador del naturalismo de Zola, digo de Valera lo que él á su vez ha dicho de Víctor Hugo: la admiración que le profesamos, es á su genio, no á su escuela. Casi

puede decirse que toda escuela literaria, por extravagante que sea, triunfa en manos del genio.

PEDRO COSIO.

## ÍNTIMA

¿ Te acuerdas, mi prenda, del rato dichoso  
Que juntos pasamos un día los dos,  
En medio de un bosque callado y frondoso,  
Muy lejos del mundo, muy lejos de Dios? . . .

Pues bien; e-n tarde, el sol que moría,  
Con rojos colores las nubes tiñó;  
Y en tanto tu rostro, que entonces ardía,  
Do rojos matices también se cubrió.

Después, lo quisiste, y al bosque tornamos;  
El bosque frondoso cubrió nuestro amor,  
Y el Sol, que en su ocaso de nuevo miramos,  
Tenía las nubes de rojo color.

El cuadro era el mismo que fué el primer día:  
Murmullos de amores y luz de arbol.  
Tan sólo en tu rostro, que entonces ardía,  
¡ No hallé más colores de puesta de sol! . . .

EMILIO BARBAROUX.

## RUINAS

(DESDE SAN CARLOS)

Después de un casi agradable viaje en diligencia, llegué á esta antigua reducción, adonde me han traído asuntos que na la interesan al lector, pero en donde he recogido impresiones que bien pudieran interesarle.

El camino, desde Posadas, cruza campos formados por altas y hermosas cuchillas cubiertas de abundante pasto, y, de vez en cuando, por manchas oscuras de monte, tales cuales se alcanzan á ver desde Posadas en la costa paraguaya. Esas manchas resaltan intensa y netamente en el verde pastizal, un tanto amarillento, como borrones en la plana de un escolar poco prolijo. Sea como sea, ellas recrean y halagan al viajero, á quien, si faltaran, pronto cansarían las pedradas cuchillas. Á veces acompañan á éstas, por la parte más baja de su caída, largas fajas de monte, bajo cuyas humildes frondosidades corre tal cual arroyo de nombre tan obscuro ó digno de perenne obscuridad como el Tebiricinsá.

Y entre tanto los pasajeros charlan en la diligencia, y el mayoral grita desde el pescante, aspirando las haches: Haaa! Heee! mientras el cuarteador « cuerpea » incesantemente de derecha á izquierda ó vice-versa, adaptándose á las exigencias del camino que ora sube, ora baja, ora dobla á un lado, ora á otro, pero jamás sigue largo trecho en línea recta ni por el mismo nivel.

Al aproximarnos á San Carlos, nos fué mostrado el monte que, irguiéndose pintorescamente sobre elevada loma, rodea las venerables ruinas que son, como las demás del Territorio, capital punto de mira de los viajeros pasantes, motivo de algunas me-

didias gubernativas y objeto del menosprecio de la generalidad de los vecinos colindantes que las huellan mil veces sin dirigirles una sola, una pregunta siquiera sobre el secreto de su pasado.

Largo rato contemplamos desde la ventanilla, el hermoso paisaje interior que nos era dado ver. No incurriré en la banal repetición de que los jesuitas entendían de lugares y ubicación de pueblos, pero no puedo omitir que la altura de San Carlos, sobre la cual con toda gallardía se alza el monte, dominando, esta es la palabra, altura y monte, vasta extensión de los campos vecinos, ofrece una de esas perspectivas que particularmente mueven el alma á la admiración y al amor de la madre naturaleza.

Rato hacía que la diligencia rodaba sobre piedras, como si quisiera avisarnos que nos acercábamos á ruinas.

¡ Ruinas! ¡ Yo iba á ver ruinas al fin! Y no hay que extrañar la exclamación. Recuerdo que cuando pequeño, al lado de mis pueriles « ideales », tenía uno que «staría mal llamar pueril, pero que tampoco sé cómo calificar: era el de « ver un muerto. » Un día, por fin, conseguí realizarlo. No lo he olvidado ni lo olvidaré nunca. El muerto era una anciana, y estaba en el fondo del ataúd, como acurrucada, como encogida por el frío de la muerte. Las enfermedades y los años, trabajando de consuno, habíanla convertido, en menos que un cadáver, en un despojo cuya vista daba asco y pena. Después de satisfacer mi curiosidad, sentíme arrepentido de ella, no hubiera querido ver lo que había visto y, por algún tiempo, me persiguió en mis sueños, en mis juegos, en los momentos menos propicios, la visión del ataúd con su horrible contenido.

Traigo á cuento este de mi ya lejana infancia, porque equiparo la impresión que me han causado las ruinas con la que me causara la anciana difunta. Antes y después de entrar en el bosque sombrío que sirve á aquéllas de mortaja, tuve la impresión de que iba á ver y había visto « un muerto. »

Á los dos días de mi llegada á San Carlos, y no antes por impedírmelo una importuna y obstinada lluvia que empezó á caer apenas me bajé de la diligencia, — subí, al acompañado trote de mi caballo y en compañía de un peón, la loma en cuya cima yace, bien puede decirse, el antiguo pueblo teocrático. El campo estaba mojado, y en los viejos caminos hondos se veían aluviones de tierra colorada que el agua de los días anteriores había arrastrado, al correr por las faldas abajo de la colina.

Una vez en el monte, de cuyas copas, que el viento movía, nos caían frías gotas dispersas, seguimos un sendero empapado en agua é interrumpido á veces por baches llenos de un líquido rosado.

Mi peón, un indio, pero no «pur sang,» me guiaba y hablaba al mismo tiempo de cosas que en vano mi memoria trataría de recordar ahora. Por mi parte, miraba á todos lados, medía con la vista la magnitud de los altos árboles, examinaba su porte y el color de sus hojas, trataba en fin darme clara cuenta de lo que me rodeaba. Mas, difícil es observar concienzudamente cuando se detiene el alma impresionable y se es-

tá bajo la influencia de una impresión profunda. Tal, ni más ni menos, era lo que me sucedía mientras, al lento paso de mi caballo, iba tras el de mi guía por los vericuetos del angosto camino, agachando muchas veces la cabeza para no pegar con ella en las ramas ó en las espinas de los naranjos, apretando otras las piernas contra los ijares para no quedar enganchado en las malezas que, á un lado y otro, se yerguen como tendiendo sus lazos al desprevenido pasante.

¡Qué silencio en el extraño monte solitario! Evidentemente era aquel un lugar de funebres memorias. Pero aun no me había sido dado contemplar las ruinas yacentes, la cosa muerta para albergar cuyo sueño se encorvaban y enlazaban en serie interminable unas á otras, las arcadas de aquel verde sarcófago.

Un sentimiento de respeto me había invadido, desde mi entrada al bosque. ¿Á quién iba dirigido? ¿quién me lo inspiraba? El pasado, sin duda alguna, el pasado, que es siempre un muerto ilustre. Pero ¿cómo lo diré? Él se presenta á mi imaginación como « un muerto con vida. » Y por eso estoy delante de él como delante de un grande y extraño sér, sobrecogido, mudo y casi tembloroso. No, ya no me parece que en el bosque todo esté muerto. Por el contrario, pareceme que hay alguien, por más intangible que él sea. Paréceme que en la sombra que cae de las altas copas abovedadas, algo se mueve, algo me mira y sigue mis pasos. . .

Por fin, al llegar á cierto paraje, me fué mostrada por el guía una tapia, un muro, cualquiera de estos nombres le conviene, de algunos metros de largo y en cuya parte media una abertura, que debió ser rectangular, hacía pensar en una puerta. Entre el umbral algo elevado y el suelo había una especie de rampa que quizás encubriera unos peldaños.

No será extraño que el que me lea, halle en lo que voy á decir una muestra del convencionalismo con que muchos literatos escriben, y según el cual es forzoso conmovérse y elevar el espíritu siempre que se esté delante de una reliquia del pasado, si quiera sea la más vil. Pero, pase yo por un sugestionado de Volney, créase de mí lo que se crea, en Dios y en mi ánima juro, que ante aquel montón de piedras mal aplomadas pero de auténtica filiación jesuítica, sentí así como un vuelco dentro del pecho.

Quédeme contemplando el trozo de pared que, obstinada en no seguir la suerte de las demás, se erguía entre el derrumbe general, tal como antaño, cuando delante de ella se extendía la calle, polvorosa sí, mas limpia de las malezas y árboles que hoy la colman, mientras crepitan las risas ó subían al cielo los lamentos ¡quién sabe! pero, en fin, la bulliciosa vida humana la rodeaba. Complacéme en figurarme la casa de que aquel resto informe haría parte y la inmediata y la de más allá y la de enfrente; me representé después la calle toda que con su conjunto formarían las casas, y las calles que con esa primera calle cruzarían, y acabé por figurarme el pueblo entero y por ver á los indios é indias de tez rojiza pasar de un lado á otro, á los muchachos dirigirse al *Colegio* y

á tal cual Padre caminar, con paso beatífico, imprimiendo, al pasar, su negra silueta en el rojo asperón de las tapias. . .

Así, sumergido en el tiempo viejo siempre misterioso, al que siempre volvemos con curiosidad ansiosa la mirada y del que la retiramos tristes porque *ya no sea* y porque *no será* ya más y no podremos, por ende, penetrar todos sus secretos ni vivir toda su vida (tanta es nuestra ansia de vivir!), entreoí la voz de mi peón que me llamaba, cansado de no verme llegar adonde él se había detenido á esperarme.

Eché á andar nuevamente por el rosado sendero, no bien despierto aún de mi sueño retrospectivo, y guiado por las indicaciones de mi acompañante, empecé á vislumbrar de un lado, y á través de la cortina de árboles y lianas, un muro alto y bien conservado, un larguísimo muro que nunca se acababa.

—Es el *Corralón*, murmuró el indio. Y no sabía más. Sin embargo, la mitad, por lo menos, de la sangre que en sus venas palpita, le venía de quién sabe qué pareja india que, allí mismo tal vez, á la otra parte de la vecina tapia, hallara la dicha en los transportes de sus amores elementales.

El sol iba cayendo; sus rayos nos llegaban oblicuos por entre las desiguales ventanas abiertas por el acaso entre el ramaje. Poco había andado, poco había visto, y la nostalgia del pasado, mejor quizás, la dulce melancolía que él nos infunde, me llamaba como una sirena desde los apacibles claros rodeados de enhiestos árboles y alfombrados de amanbays. Una suave luz vercosa, como filtrada por góticas ventanas de colores y cayendo en el penumbroso retiro de sagrada nave, iluminaba, sin alarde, todos los detalles del bosque secular. Aun podía yo ver, sentir, soñar: todo estaba preparado; todo me convidaba á ello. . . Pero alejéme diciéndome: Algún día volveré y volveré á sentir el delicioso vértigo del pasado junto á las piedras cubiertas de musgo y de recuerdos, bajo la alta bóveda verde que guarda el misterio de las cosas que fueron, y sobre la cual el sol, siempre nuevo, como escudo recién bruñido, brilla como brillara cien años ha sobre la « república cristiana. »

JOSÉ CHIRAPOZU.

## Evocando el pasado

RECUERDOS DE ITALIA

### Á PROPÓSITO DE UN FRACASO

Allá por el mes de setiembre de 1888, tomaba el que estas líneas escribe, en la rada de Buenos Aires, el trasatlántico *Victoria*, á cuyo bordo se marchaba la compañía lírica que acababa de terminar, brillantemente, su famosa temporada en el teatro Colón.

En Montevideo, donde el vapor se detuvo algunas horas, subieron, entre otros pasajeros, cinco frailes, que iban á hacer una peregrinación á Jerusalem, y un jovencito tri-gueño, modestamente vestido, de simpático

porte y de ojos negros, vivos y luminosos, que iba á hacer también su peregrinación á la Jerusalem del Arte.

El comandante del *Victoria* nos hizo estrechar la mano. Á los diez minutos conversábamos como antiguos conocidos; después, fuimos íntimos. Me manifestó sus sueños é ideales. Amaba el Arte y la Gloria. Sentía verdadero delirio por Masini. Quería ser cantante; le alentaba una fe ciega; parecía tener el dón de los fuertes y los audaces. De ahí que abandonase hogar, patria, amigos y se lanzase solo, sin recursos, á la conquista de Italia. Yo miraba con conmiseración, casi con horror, el porvenir de ese muchacho todavía imberbe, que llevaba en el cerebro un capital de ilusiones, y que veía la senda que iba á recorrer — verdadera via-crucis, — alfombrada de laureles y de flores. . .

El viaje transcurrió agradablemente, y no podía transcurrir de otra manera, entre un grupo de mujeres jóvenes y bellas: *prima donnas*, coristas, bailarinas, que daban constante pábulo á bromas y comentarios picantes, con sus escenas de amor y de celos, que ponían de púrpura las mejillas de los Santos Padres.

Fué un viaje ideal! Canto, música, baile, y otras cosas, tan bellas y seductoras como el canto, la música y el baile! . . .

Los días se sucedían plácidos. Ni una ráfaga de viento, ni una de esas pequeñas borrascas, tan frecuentes bajo los trópicos. El vapor se deslizaba sereno, como un enorme cetáceo, en la mar en calma. Las noches prendían todas sus constelaciones. Desde la cubierta oíamos la voz de la Damerini, que arullaba en el piano el *Vorrei morir*. . . de Tosti. Una melancolía deliciosa y profunda parecía descender del firmamento estrellado, y nos invadía la tristeza. Tocaba Tamagno su clarín guerrero, y volvía la alegría, que estallaba en el corazón y brotaba de los labios hecha himno, en forma de declaración ó de súplica. La bella Egle entonaba á media voz sus picarescas canciones napolitanas, y entornaba sus grandes ojos negros y lánguidos con una voluptuosidad sensual, irresistible.

Después improvisábase el baile sobre cubierta, y se danzaba alegremente, al pálido fulgor de las estrellas, hasta altas horas de la noche, entre la inmensidad del mar y la inmensidad del cielo.

Y así, en una fiesta continua, llegamos á las Islas Canarias. En Palmas, primer puerto que tocamos desde nuestra partida de Buenos Aires, descendieron los franciscanos, indignados contra todos los tripulantes y pasajeros, desde el comandante abajo, pues no habían podido decir una sola misa, ni convertir á la religión á una sola de aquellas alegres y traviesas muchachas, capaces de hacer pecar al mismo San Antonio, el de la pureza tradicional. Allí quedaron, pues, los pobres curas en espera de un vapor menos lírico y más religioso. Nosotros seguimos viaje. Á los cuatro días divisamos el peñón de Gibraltar, al quinto Barcelona. Un día más, y desembarcábamos en la *Soberbia Génova*.

Declaro ingenuamente que sentí deseos de no dejar aquella casa flotante, en la cual había pasado horas agradabilísimas, olvidada del mundo entero, y que al volver á recordarla hoy, «con un placer que llega á ser doloroso», me dan ganas de aprontar mis baúles y marcharme de nuevo á aquel país, donde aprendí á amar y donde tuve las primeras y más hondas sensaciones de Arte. Permanecimos una noche en Génova; y al día siguiente, después de atravesar la campiña lombarda y los túneles oscuros, llegamos á Milán. Allí acababa de llegar también Arturo Berutti, con sus estudios terminados y sus primeros premios de Leipzig, hablando una jerga endemoniada, mezcla de alemán y de español, metido en un Unster color ratón, y con dos lentes azules, que le daban el aspecto de *Mr. l'Organiste* en *Mlle. Nitouche*. Preparaba su ópera *Vendetta*, y recuerdo que para probar su rapidez de concepción mental, le di dos composiciones de la *Postuma* de Stecchetti, para que las pusiera en música. Horas después me las entregaba perfectamente concluidas. Ambas corren impresas por Demarchi, una galantemente dedicada á mí, y ambas cantadas por la Mantelli, en el memorable concierto efectuado en la Ópera en 1890.

Oxilia, el tenor oriental, obtenía su consagración en la *Scala*, cantando el *Asrael* de Franchetti. Por aquellos días vinieron á engrosar nuestro grupo de americanos residentes en Milán, dos uruguayos: José Guillot, - barítono casado con la Iwner, - y Luis Mandeville, que andaba siempre á pesca de aventuras galantes, con sus veleidades de bajo, y el cual acaba de unirse en matrimonio con una millonaria neoyorkina en París, dando un *ré* sobregado que no estaba en su registro.

Todas las mañanas nos dirigáramos en grupo al estudio del maestro Pozzo, un viejecito querido, ex-tenor, que había interpretado en Italia el *Rienzi* de Wagner, con el beneplácito del ilustre revolucionario de Bayreuth manifestado en retratos y cartas autográficas que él ostentaba con legítimo orgullo.

La paciencia de aquel hombre era tan grande como su bondad. Tuve ocasión de ponerla á prueba más de una vez, pues yo tomé también algunas lecciones, que sólo me han servido para fastidiar á los importunos. Él nos regimentaba y nos hacía vocalizar por turnos. Quien más, quien menos, atendía las observaciones del profesor y las aceptaba, tratando de enmendarse en las incorrecciones y en los yerros. Guillot era el más impaciente y el más cascarrabias; él no admitía advertencias ni consejos; se despachaba á su gusto; trataba de hacer cadencias y grupetos; quería aprender partituras antes que los ejercicios de vocalización; y tan pronto se salía de su registro central, para encaramarse al de soprano, como descendía al de bajo profundo.

Era un derroche de sonidos que aturdían la casa.

Y para reposar unos instantes de los esfuerzos que hacía, equivocaba siempre de Salón, y se iba al de las discípulas á darles bromas.

Éstas, apenas le veían, huían dando gritos á las habitaciones interiores, como una bandada de pájaros sorprendida por el cazador. Y el bondadoso viejecito siempre con buenas maneras, siempre amable y sonriente, reclamando orden y compostura; pero, qué diablo, era predicar en desierto!

..

Un buen día, la paciencia benedictina de aquel santo varón se agotó. Halló á Guillot *tarareando á media voz un dúo de amor* con la dama ligera, y antes que perder á sus numerosas pupilas, pensó cuerdamente acabar con nosotros, y *nos mandó con la música á otra parte!* La broma había sido demasiado pesada. El maestro estaba justamente indignado. Quien sufrió de veras los efectos de esa resolución cesárea fué el pobre Américo; él tenía, más que nadie, verdadera *necesidad* de estudiar, y no sabía á quien recurrir para tomar lecciones.

Se hallaba en aquel entonces en Milán, el inolvidable Tartini, que trajo aquí por los años 1875 y 80 algunas compañías líricas, formadas de todos los *artistas* inservibles y contrahechos que hallaba á su paso, de los cuales decía modestamente que cantaban como *dii*, y llamaba *cani* á Gayarre y Stagno! Tartini descansaba de sus fatigas de empresario enseñando á cantar. Tenía tres ó cuatro discípulos, entre ellos Américo; éstos habían entrado á estudiar con alguna voz, y al poco andar, se quedaron afónicos. Á uno tuvo el coraje de hacerle debutar; es decir, *sacrificar* en el *Dal Verme*, con la *Forja del Destino*; y el destino fué fatal para el infeliz, pues perdió la razón y acabó sus días en un manicomio, perseguido por aquella tempestad de silbidos y de gritos! Y Tartini, con ese fiasco piramidal de su discípulo, lejos de convenir en el fallo del público, y convencerse de que había hecho una víctima expiatoria de su ineptitud, se concretaba á decir que *eran tutti assini*.

Cuando Américo vió el *suceso* de su colega, no quiso seguir tomando lecciones que de balde como eran, efectivamente, le resultaban carísimas. Volvió á su antiguo maestro, quien lo recomendó al Dr. Schultz, especialista de las enfermedades de la garganta, para que le remediase los desperfectos y los estragos causados en las cuerdas vocales por una falsa emisión. Tres meses estuvo en cura, al cabo de los cuales desapareció la afonía, y volvió á adquirir su voz el timbre primitivo.

..

Para reponerse completamente, el doctor le aconsejó un viaje á Suiza. Recorrimos juntos las montañas y los valles de aquella región privilegiada de la Europa. Estuvimos en Ginebra, Lucerna, Amstec, Hospenthal y Wassen; navegamos el lago de los Cuatro Cantones; sabimos al San Gotardo y la Furka, y regresamos á Italia, pasando por Bologna, Turín y Génova. Un telegrama de mi padre me llamaba á Buenos Aires. Américo me acompañó hasta el mismo vapor que un año antes nos había conducido á aquel puerto. Nos dejamos con sentimiento. Se hallaba con él otro amigo que no ¡he de olvidar nunca: Alejandro

Lamponi: en sus ojos brillaba una lágrima.

El vapor largó las amarras. Era una tarde brumosa y fría de noviembre, y pensando en la suerte de mis dos buenos y fieles camaradas, pensando que quizá no volvería ya á verlos, me encerré en mi camarote y lloré...

Quedaba allí el joven compatriota solo, sin recursos; iba á empezar para él la época más azarosa de su vida: la pobreza en un país extraño y donde no es fácil ganarse el sustento. Iba á decidirse su porvenir. El dilema era terrible: ó se levantaba, ó se hundía! Y la necesidad, «que tiene cara de hereje», es la engendradora, á veces, de los grandes artistas.

Conoció de cerca la ingratitude humana y la miseria negra; probó el pan amargo y durmió muchas noches al raso; las escalinatas del *Duomo*, conocidas de Oxilia, no me dejarán mentir. Hizo como tantos otros; vagó por los cafés y por la amplia galería *Victor Manuel*, donde de día y de noche se ven pasar, cual sombras en fuga, los artistas fracasados, corridos por el hambre. Y de esa vida de necesidades y de privaciones sin cuento, vino á sacarle Arturo Berutti, quien lo hizo estrenar en Vercelli, con su ópera *Vendetta*.

..

Salvado ya el primer escalón, pasó al teatro *Cárcano* de Milán, para dar algunas representaciones de *Favorita*.

No obstante su segunda tentativa, volvieron á recrudecer para él las horas amargas y los días sin pan, pero la fuerza de voluntad, unida á la perseverancia y al estudio, vencieron otra vez.

Pidió á los empresarios que se dignasen escucharle, y lo consiguió al fin, hace dos años, siendo contratado para cantar *Lucia* y *Falstaff*, en el *Comunal* de Módena. De cómo se habrá desempeñado habla con mayor elocuencia de cuanto yo pudiera decir, el que el mismo año pasase al *San Carlos* de Nápoles á cantar *Favorita* y *Cavalleria Rusticana*. Hallándose incidentalmente, en la representación de esta última, Mascagni, autor de esa obra, pasó al proscenio á felicitar al joven intérprete de *Twidli*, pronosticándole una carrera brillante. Desde entonces han sido y son buenos amigos. De súbito mejoró su posición, cantando con éxito creciente la *Traviata* y el *Rigoletto*, en el *Malibran* de Venecia. Entonces mandó buscar á sus padres, que residían en Montevideo, y se los llevó consigo. Á su hermano menor, lo hizo estudiar contrapunto en el Conservatorio de Nápoles, el que actualmente escribe música y compone romanzas.

Á partir de Venecia, Américo no descansó; va á Rusia y toma parte en una serie de conciertos en San Petersburgo con Battistini y la Tetrazini. Su carrera se afirma con un triunfo serio, en el teatro *Imperial* de Varsovia (1896), cantando *Rigoletto*, *Fausto*, *Marta*, *Lucia*, *Puritimos*, *Barbero* y *Cavalleria Rusticana*, dividiendo los aplausos con la Pacini y Devoyod. Desde ese momento su nombre suena en el mundo teatral y se destaca como un tenor de grandes esperanzas.

Su última temporada efectuóla en el teatro *Real de Madrid*, cantando en cuarenta y ocho representaciones las principales óperas de su repertorio.

Y aquí cedo la pluma al Sr. Guerra y Alarcón, crítico musical de un importante diario madrileño, para que se vea cómo ha sido juzgado en la capital de España:

..

«Aun para los que no conocíamos á Stampanoni y sabíamos algo de sus condiciones artísticas, de sus preferencias musicales, de su temperamento nervioso, sensible, *bellimiano*, era un problema adivinar cómo aquel joven podría interpretar con acierto un papel como el de *Erick* en la obra de Wagner, tan contrario á sus gustos é inclinaciones.

La representación de *El Buque Fantasma* barrió casi por entero todas las desconfianzas. Stampanoni se mostró, no sólo como un cantante afortunado en una parte difícilísima y sin ningún lucimiento, sino también actor lírico de los más concienzudos.

«Luego han sido tales y tan rápidos sus progresos en *El Barbero*, *Dinorah*, *Sonámbula* y *Fausto*, que el público madrileño vió en él el germen de un tenor extraordinario.

«Después de cantar con aplauso en los teatros de Italia y Rusia, ha cantado con éxito siempre creciente en el Real de Madrid y en el fragor del trabajo continuo y fatigoso á que le ha obligado la empresa por la escasez de tenores contratados.

«Con decir que ha cantado 48 funciones, está dicho todo. Esto demuestra mejor que nada la utilidad é importancia de su labor artística y el aprecio á que se ha hecho acreedor tanto por parte de la empresa como de sus muchos admiradores.

«Tal es Américo Stampanoni. No es Mario, ni Tamberlick, ni Gayarre, ni Masini, ni Tamagno. Se contenta con ser él, y el público se lo agradece de todas veras.

«El aplaudido tenor bonaerense es un cantante de buena fe; da lo que tiene sin disfraces ni subterfugios; posee una voz de exquisito timbre, que se presta como pocas á las delicadezas en el decir, y emite notas purísimas con la facilidad de un niño, sin pecar con la inocencia del que lo ve.

«Y esa modestia y esa falta de pretensiones producen simpática impresión. Y cuando la voz del cantante se deja oír serena y tranquila en la *Cavatina: Ecco ridente il cielo* de *El Barbero de Sevilla*, no hay sino aplaudir, lo mismo que en la parte de *Elvino* de la *Sonámbula* extrae toda la tierna poesía que contiene y se la comunica al auditorio con acentos que lo cautivan por completo.

«Durante los ensayos de la *Sonámbula*, la Pacini decía que el tenor argentino era el mejor de todos cuantos hoy cantan con la *diva* la ópera de Bellini.»

..

Hasta aquí el crítico español. Por mi parte sólo agregaré que he oído al joven compatriota en tres ó cuatro trozos musicales, dejándose una impresión placentera. La voz, sin ser poderosa, es dulce y espontánea, y el timbre, de extraordinaria pureza, se

mantiene cristalino en su décima tonal, pasando sin esfuerzos violentos, de los arrullos aterciopelados del *spinto gentil*, á los agudos brillantísimos de la romanza final de la *Africana*.

Á pesar de tan recomendables dotes, su estreno en la *Ópera* fué un fracaso. En toda la representación no logró hacer oír una sola siquiera de sus espléndidas notas agudas. La verdad es que mereció ser silbado. El público tuvo para él una paciencia y una bondad que no suele usar. Américo debió intentar una segunda prueba, pues esa noche se sentía visiblemente indispuerto. En vez de intentarla, prefirió partir derrotado. Ese ha sido su mayor é imperdonable error, porque el verdadero artista debe imponerse ó sucumbir!

Yo lamento que ese joven, que acaba de marcharse de nuevo á Europa, amargada el alma y apuñaleado el corazón por la inmensa pena de un fracaso inexplicable, no haya tenido un poco más de valor y un poco más de fe en sí mismo: hubiera logrado trocar la derrota en victoria.

Y á los críticos que han ensayado el epigrama sobre las espaldas de un compatriota que es algo más que una esperanza del arte lírico, negándole todo, yo les preguntaría: ¿cómo explicar EL FENÓMENO de que un auditorio tan incontestable y severo cual el que asiste al Teatro Real de Madrid, le escuchase, complacido, durante 48 representaciones?..

He ahí un interrogante de pie.

Mientras el tenor argentino reanuda en Rusia su carrera artística, y nos llegan los ecos de sus próximos estrenos en los teatros imperiales de San Petersburgo y de Moscú, constatemos con pena, que en él se ha cumplido una vez más el viejo aforismo: *Nemo propheta in patria sua!*

Luis BERISSO.

## Á LAVALLEJA

Bajo las garras de la suerte impla,  
Prosternada á los pies de una diadema,  
Visto á tu patria, Lavalleja, un día,  
Cuando un lampo de ardor, de luz suprema,  
En tu alma y genio y corazón ardía.

Y para armar tu legendario brazo  
Más fuego, más pasión diste á tu anhelo;  
La patria de tu vida era pedazo;  
Era tu fe, tu amor, era tu cielo,  
La verdadera paz de tu regazo.

Cuando las torpes huestes brasileras  
En almenas de torres uruguayas,  
Orgullosas alzaban sus banderas,  
Reflejando en sus muros y atalayas  
Sólo acentos de lenguas extranjeras;

Y llenaban las quejas del esclavo,  
Por el látigo vil escarnecido,  
Los alcázares nobles, menoscabo  
De todo lo más grande y más querido  
Que aplaude el hombre generoso y bravo;

Y cuando al toque del clarín guerrero  
Se agrupaban las tropas imperiales,

Para quebrar con su bullicio artero  
La ilusión de los pocos orientales  
Mezclados entre el coro brasilerero:

Con el fuego de un santo patriotismo  
Te lanzastes audaz á la pelea...  
Ya tiembla el Leviatán del despotismo,  
Porque surge una nueva Mantinea  
Que en *Sarandí* transforma tu heroísmo.

De victoria en victoria proseguinte  
Lanzando por los aires tus pendones;  
Ya el enemigo torpe no resistió,  
Y huendo temeroso á tus bridones,  
Ya á proclamar al mundo que venciste.

Del patrio capitolio haces morada  
Para la augusta enseña que tremolas;  
Ya otro clarín resuena en la alborada,  
Y otro rumor se escucha entre las olas  
Del anchuroso Plata en la Ensenada.

Ya el pretorio uruguayo está reunido,  
Y en todos los semblantes se refleja  
La gratitud de un pueblo redimido...  
¡Salve al ilustre prócer Lavalleja,  
Generoso en la paz, nunca vencido!

NICOLÁS N. PIAGGIO.

## EN UN ÁLBUM

He buscado en las cuerdas de mi lira  
La nota más sublime que vibrara,  
Para que en el concierto en que tú vives  
No fuera á ser notoria disonancia.  
Fué mi deseo,  
Que entre las auras  
De los suaves perfumes que te envuelven,  
Pudiera ella alternar sin ser notada.

Pero en vano pulsé las cuerdas todas  
Para enviarte mi canción más grata,  
Pues una sola no encontré que fuera  
El nuncio fiel de la emoción causada  
Por tu presencia  
Bella y gallarda,  
Cuando soñando con futura gloria  
Verdes laureles á mi sien buscaba.

Por eso, amiga, si hallas esta hoja  
Para tu álbum demasiado pálida,  
Y, al confrontarla con las otras, miras  
Que sólo por lo humilde se destaca,  
Piensa tú entonces  
Que hay en mi alma  
Un recuerdo más grande, indescriptible  
Á la pluma, al pincel y á la palabra.

JOSÉ ANTONIO MORA.

## «Sobre lenguaje»

Publicamos á continuación algunos de los juicios emitidos por la prensa nacional y por distinguidos escritores americanos, á propósito del opúsculo que con el título que encabeza estas líneas acaba de publicar nuestro co-redactor Carlos Martínez Vigil.

Superintendencia de Aduanas, Chile.

Valparaíso, 21 de agosto de 1897.

Zorobabel Rodríguez saluda atentamente al ilustre escritor uruguayo don Carlos Martínez Vigil, expresándole sus más sinceros agradecimientos por el opúsculo « Sobre lenguaje » que ha tenido la amabilidad de enviarle y que será leído con el interés que merece el tema sobre que versa y la competencia del autor.

Montevideo, Agosto 16 de 1897.

Señor don Carlos Martínez Vigil.

Estimado compatriota:

Agradézcole su interesantísimo folleto « Sobre lenguaje. » Lo he leído con sumo placer; y al par de felicitarle por el acierto con que ha tratado el punto, debo enviarle mi enhorabuena por lo bien y correctamente escrito que está el opúsculo.

Sin embargo, me ha ocurrido una duda con respecto á un modo adverbial que Vd. emplea, y uno de estos días le pediré por carta que se sirva ponérmelo en claro, que me vendrá como de perlas, porque precisamente estoy borrajando un libro sobre « Modismos y refranes de la República Argentina, del Paraguay y del Uruguay. »

WASHINGTON P. BERNÚDEZ.

Montevideo, Agosto 15 de 1897.

Sr. Dr. D. Carlos Martínez Vigil

Presente.

Estimado compatriota:

Apenas he tenido tiempo, ni gusto, con las preocupaciones de estos días, para hojear producciones literarias, y supongo que Vd. sabrá atribuir á esa disposición de ánimo mi tardanza en agradecerle la deferente remisión de su último folleto « Sobre lenguaje. »

Cúmpleme hacerlo ahora, después de haber leído con la atención que se merece su nuevo trabajo, que pone en evidencia las buenas dotes del autor y su contracción al estudio.

Con tal motivo me repito de Vd. affmo.

FRANCISCO BAUZÁ.

Museo y Biblioteca Pedagógicos.

Montevideo, Agosto 13 de 1897.

Señor don Carlos Martínez Vigil, Catedrático interino de Gramática castellana en la Universidad de Montevideo.

Muy señor mío:

Tengo el agrado de acusar recibo del folleto titulado « Sobre lenguaje », que Vd. se ha servido donar á la Biblioteca de esta Institución.

Esa importante publicación de que es Vd. autor, pone de relieve su especial competencia en la materia, á la vez que satisface una sentida necesidad que sabrán apreciar los que se dedican al estudio de nuestra lengua.

Saludo á Vd. con mi consideración más distinguida

ALBERTO GÓMEZ RUANO.

« SOBRE LENGUAJE »

Hemos recibido, elegantemente impreso en los talleres de la Tipografía y Litografía Oriental, un folleto de que es autor el señor Carlos Martínez Vigil, escrito á propósito del opúsculo « Neologismos y americanismos », publicado por el conocido literato peruano Ricardo Palma.

El nombre de su autor es la mejor recomendación del folleto « Sobre lenguaje, » pues Carlos Martínez Vigil no es un desconocido en el mundo de nuestras letras, donde ha sabido obtener un puesto envidiable, adquirido por esfuerzo propio y sin más ayuda que su talento unido á una ejemplar laboriosidad.

El libro de que nos ocupamos, tendente en primer término á llevar á la práctica las teorías de su autor respecto de la discreción con que se deben admitir los neologismos, so pena de perder españoles y americanos las enormes ventajas de un idioma común, no es una obra de la que él pueda esperar brillantes resultados para la reputación de su temperamento literario, pero sí de proficua enseñanza para quienes la leyeren, pues la teoría que en ella se sostiene está basada en largas observaciones, hijas de pacientes estudios, que revisten de autoridad al doctor Martínez Vigil para exclamar como exclama al final de su libro: « No nos ciegue el respeto á lo pasado, ni encerremos nuestro idioma en los mezquinos moldes de un afectado purismo. Sentiría infinito contribuir al triunfo de escuela de tan estrechas miras. Imitemos á los padres de familia que se esfuerzan en legar á sus hijos mayor patrimonio que el que les cupo en suerte; recojamos tan provechosas enseñanzas; procuremos aumentar el acervo común; acrecentemos la valiosa herencia, y, acrecentada y rica, pase la hermosa lengua castellana de nuestros labios á los labios de la posteridad. »

(El Siglo, Montevideo.)

FOLLETOS GRAMATICALES. « SOBRE LENGUAJE, » POR CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

Una de nuestras jóvenes y más vigorosas inteligencias acaba de aumentar la biblioteca uruguaya con un libro digno de aprecio por muchos conceptos. Carlos Martínez Vigil, miembro de la redacción de la REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES y Catedrático interino de Gramática castellana en la Universidad de Montevideo, es el joven á quien hacemos referencia, y el producto de su talento se titula « Sobre lenguaje. » Quien haya leído la REVISTA antes citada y se preocupe del movimiento intelectual del país, no desconocerá ni al autor ni á la obra, pues uno y otra están reflejados en las páginas de la mencionada publicación, en artículos de importancia indiscutible para el estudio del idioma que nos legaron los españoles, y que han merecido el aplauso espontáneo de autoridades en la materia.

Este folleto, que no será el único que publique Martínez Vigil, es una recopilación corregida y autorizada de los artículos que aquél publicó en la REVISTA NACIONAL. Ocupan ellos sesenta y cuatro páginas de nu-

trida lectura, impresas esmeradamente por la Litografía y Tipografía Oriental, que en esta, como en otras ocasiones, demuestra el buen gusto tipográfico que distingue las obras que salen de sus prensas, y se tratan cerca de sesenta vocablos, muchos de ellos desconocidos para la Academia y quizás para muchos que presumen de puristas. No entraremos nosotros á discutir la bondad del folleto de Martínez Vigil, porque cuestión es esta que requiere más detenimiento y estudio que el que exige un simple suelto de acuse de recibo, escrito al correr de la pluma; pero lo que sí haremos constar ahora, porque para ello no necesitamos esforzarnos mucho, es que el solo nombre del autor de « Sobre lenguaje » es garantía más que suficiente de la importancia de su obra. Quien escribe con la corrección que él escribe y quien ha logrado á fuerza de paciente labor profundizar los secretos de una de las materias más áridas é ingratas que se conocen, como es la que se refiere á la gramática, no puede ofrecer sino buenos productos de su inteligencia cultivada.

(La Tribuna Popular, Montevideo.)

BIBLIOGRAFÍA. « SOBRE LENGUAJE, » POR CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

Se acaba de editar por la Tipografía y Litografía Oriental, en rico papel, elegantemente impreso, un folleto escrito por el señor Carlos Martínez Vigil y que lleva por título: « Sobre lenguaje. »

El señor Carlos Martínez Vigil es Catedrático interino de Gramática en nuestra Universidad, y desde hace muchísimo tiempo se dedica con laboriosidad y gran provecho á las cuestiones gramaticales. Muchos de sus escritos sobre la materia, publicados en la REVISTA NACIONAL, de cuya redacción forma parte, han llamado la atención por la belleza y la propiedad del estilo y por la erudición y las ideas que los ilustran.

« Sobre lenguaje » es uno de los tantos estudios de Carlos Martínez Vigil que ha sido inspirado por la obra de Palma titulada « Neologismos y americanismos. » Aunque el asunto es árido, está desarrollado con tanta habilidad y elegancia, que el que empieza su lectura, aunque no entienda de gramática, se deja llevar sin esfuerzo y lee de un tirón las sesenta páginas, aprendiendo muchas cosas, encontrando á cada paso citas interesantes y observaciones oportunas.

El folleto tiene otro carácter importante: es muy completo, agota el asunto á que se dedica, registrando su autor, antes de opinar, las distintas opiniones que pueden ayudar á formar criterio. Así que puede decirse que el que lea el folleto sabrá definitivamente á qué atenerse sobre los ochenta y tantos vocablos que se estudian, muchos de los cuales son de frecuentísimo uso entre nosotros.

Á juzgar por el título general de « Folletos gramaticales » con que está encabezada la carátula del folleto que nos ocupa, se deduce que Carlos Martínez Vigil tiene el proyecto de editar una serie de trabajos del mismo género. Que persevere en su idea, pues su preparación y su laboriosidad ha-

cen esperar que produzca muchas cosas agradables y buenas.

(*El Día*, Montevideo.)

Un giovane che onora altamente la letteratura uruguayana é don Carlo Martínez Vigil, uno della piccola ma valorosa schiera che fondó e dirige quella importante e seria REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES, che può dirsi il Palladio letterario di questa Repubblica.

Quando la muta rivoltella di Ravecca colpí, per uno strano fenomeno di balística, il povero professor Laso, fu nominato a sostituirlo nella cattedra di Grammatica all'Università il signor Martínez Vigil; e il sostituto é degno del titolare; l'onore concessogli é previamente meritato.

A confermarci in questa opinione, venne testé un libro, piccolo di mole, ma grande per l'importanza del contenuto, intitolato: « Sobre lenguaje », che é una critica illuminata e serena d'un opuscolo del letterato peruviano Riccardo Palma.

Come dice el título, si tratta di questioni filologiche: quelle feconde logonachie fra conservatori e progressisti, che producono la razionale e normale evoluzione delle lingue viventi. Il signor Martínez Vigil, benché giovane ed americano, sa tenersi lontano dalla licenza in fatto di progresso della lingua, e senza essere conservatore ad oltranza, che é quanto di piú logico, razionale e possibile v'ha in materia d'evoluzione linguistica.

In cosí piccola mole l'egregio autore ha racchiuso un vero lessico di voci e modi errati e dubbiosi, ed in ogni articolo ha discusso cosí bene il pro e il contro, ed ha corroborato ogni asserito con tal copia d'esempi, da dimostrare chiaramente la sua solida cultura, la sua vasta erudizione linguistica ed il sano criterio che lo guida.

E' un libretto prezioso, che basta ad assicurare la fama del giovane letterato uruguayano; e noi auguriamo che esso sia un saggio d'opera maggiore sull'importante argomento.

Dal valente autore é lecito attendere opere di tale importanza, e ci ralleghiamo vivamente con lui della bella fama a cui ha già acquistato diritto nella repubblica delle lettere e di quella maggiore che senza dubbio l'aspetta.

(*L' Italia al Plata*, Montevideo.)

UN LIBRO INTERESANTE. « SOBRE LENGUAJE, » POR CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

Con el título « Sobre lenguaje, » y espléndidamente editado por la bien reputada Tipografía y Litografía Oriental, ha salido á luz un precioso opúsculo, cuyo autor es el doctor Carlos Martínez Vigil, conocido literato que forma en primera fila como laborioso é instruido entre el elemento joven que más se destaca en el escenario de la República.

Conocíamos ya las producciones intelectuales del doctor Martínez Vigil, que han sido publicadas en las amenas columnas de la notable REVISTA NACIONAL, recibida y saludada con entusiasmo por las personali-

dades más salientes de la literatura americana, y de cuya redacción forma parte dicho autor.

Sabíamos también que el señor Martínez Vigil es uno de esos jóvenes de valer, que por esfuerzo propio, por una labor constante y proficua, por una dedicación digna de todo elogio, se había conquistado con honor el puesto de Catedrático interino de Gramática castellana de la Universidad de Montevideo, que ocupa actualmente con general beneplácito universitario. Y tanto más honroso debe ser para el señor Martínez Vigil el desempeño de ese cometido, cuanto que para obtenerlo no ha necesitado de favoritismos, que siempre son contraproducentes, ni ha formado parte nunca de círculos y comanditas odiosas, de esas que, más de una vez, han privado en el primer centro de enseñanza de nuestro país.

Pero, aparte de estos antecedentes, y concretándonos al objeto de estas líneas, diremos que en el libro « Sobre lenguaje » vemos erudición vasta, corrección poco común, amplitud de conocimiento del idioma castellano, talento literario en su autor y párrafos escritos con elocuencia, como el que transcribimos á continuación: « En la lengua castellana viven y vivirán eternamente la rotundidad y armonía de la frase inimitable del autor del Quijote, la casticidad de Moratín, el chiste de Bretón y de Larra, la elocuencia de Donoso Cortés y la corrección y exquisito gusto de Jovellanos y Bello. Ella alentó los más esforzados paladines del pensamiento; hablando en ella se sintieron grandes; por ella, en fin, cultivándola y cuidándola con religioso respeto, elevaron sus nombres venerandos á las cumbres excelsas de la inmortalidad. »

Sólo nos resta felicitar sinceramente al correcto escritor, que con talento y buen tino ha echado en las playas del Plata los cimientos de la institución tendente al estudio serio de la lengua que inmortalizó el genial Cervantes en la España de principios del siglo XVII.

(*El Tribuno*, Montevideo.)

#### FOLLETOS GRAMATICALES

El conocido é ilustrado literato uruguayano doctor Carlos Martínez Vigil, ha tenido la galantería de obsequiarlos con un ejemplar de su folleto titulado « Sobre lenguaje, » escrito á propósito del opúsculo publicado por el renombrado literato peruano Riccardo Palma, sobre neologismos y americanismos.

Su autor, aunque joven, ha descollado ya entre los hombres de letras de nuestro país, y su talento y preparación en el difícil arte de manejar la palabra, han sido preconizados por eminencias americanas y europeas, lo que importa decir que ese libro está llamado á prestar gran utilidad á todos aquellos que se dedican al cultivo de las bellas letras.

En él el doctor Martínez, estamos seguros, ha debido emplear mucho tiempo en sus pacientes investigaciones, para poder llegar á formular la teoría que con tanta lucidez desarrolla.

Esa obra merece figurar en la biblioteca

de todos, desde que en ella se encontrarán las reglas fijas que conviene seguir en la práctica para emplear y admitir los neologismos con discreción y mesura, conservándose así la pureza del hermoso idioma de Cervantes.

Agradecemos á su distinguido autor su valioso obsequio, de cuyo estudio nos proponemos sacar gran provecho.

(*La Campaña*, Independencia.)

## MEDICINA LEGAL

(*Continuación*)

El trayecto recorrido por el proyectil varía, pues no siempre está representado por la línea recta que une los dos orificios. La línea recta existe en las partes blandas; pero si la bala encuentra un cuerpo duro, un hueso, se desvía. Así, no es extraño encontrar proyectiles que entrando por un lado de la cabeza han dado la vuelta al cráneo, sin entrar en él, saliendo por el lado opuesto. Con las balas actuales que son cónicas estas desviaciones son poco frecuentes. Estas reflexiones aparecen también con los proyectiles que atraviesan cuerpos inertes; así, no es raro que una bala disparada de Noite á Sur, venga á incrustarse en la pared norte de una habitación, es decir, en sentido contrario de la que se disparó. Esto se acepta, lo mismo teórica que prácticamente: teóricamente, porque se admiten las reflexiones; y en la práctica, porque sucede que tirando un tiro á un individuo se hiera á otro que estaba en el punto contrario de aquel al cual se tiraba.

En las heridas producidas por armas de fuego el pronóstico es con frecuencia reservado, pues que aunque leves en un principio, pueden asumir un carácter grave entre los 14 y 16 días, á consecuencia de las hemorragias internas á que pueden dar lugar; son heridas que no suelen sangrar en sus comienzos, apareciendo como leves al principio. Las producidas por arma blanca resisten un carácter distinto: suelen sangrar mucho, presentándose de pronto bajo un aspecto grave, aunque sucede que pasan á leves después.

#### HOMICIDIO Y LESIONES CORPORALES

##### IV.—*Cuestiones generales sobre las armas.*

1.º Ya se ha visto que la cuestión más importante en el homicidio estriba en determinar con qué clase de armas se han producido las lesiones, cosa sencilla tratándose de lesiones recientes, pero que se complica cuando se trata de averiguar el arma con que se ha agredido, tratándose de heridas cicatrizadas. La cuestión consiste, pues, en declarar con qué arma se ha hecho la herida cicatrizada.

Esta cuestión es difícil, presentándose con frecuencia causas de engaño que pueden desencaminar al perito; así, por ejemplo, hay ciertas heridas que cicatrizan en dirección distinta de la herida inferida, debido á la retracción de las fibras, sobre to-

do en las heridas cortantes. Sin embargo, cuando las heridas producidas por esta última clase de armas son lineales, cicatrizándose sin supuración, la herida se ha curado por primera intención, y, entonces, es fácil determinar la clase de arma.

Las heridas cicatrizadas, producidas por armas de fuego, tienen la forma de un hoyo, son deprimidas, sobre todo cuando el proyectil ha atravesado las partes blandas; por la sencilla razón que los tejidos que han sustituido á los destruidos son menos consistentes, menos gruesos y producen ese hoyo.

Hay que advertir que el perito tendrá buen cuidado en no confundir estas cicatrices con las que pueden provenir, ya de operaciones quirúrgicas que son generalmente lineales, ya de úlceras venéreas y sífilíticas, ya de escrófulas, cáusticos, etc., y las cuales se pueden caracterizar con precisión. Las cicatrices, como elementos de identidad, son indelebles; unas veces se alteran y otras se agrandan, pero esto no importa al homicidio.

2.<sup>a</sup> *Determinar en qué situación estaban el agredido y el agresor.* Esto es muy importante, pues por medio de ello y á falta de otros datos, se podrá determinar si ha habido ó no agresión, en una palabra, se precisará en qué condiciones se ha efectuado el hecho. En algunos casos, es esto posible; en otros, no. Para sacar conclusiones precisas, una de las cosas que se deben hacer es estudiar todos los indicios y detalles que en el lugar del suceso y sus alrededores se puedan presentar. Supóngase que se encuentra á un individuo con una herida de bala en la espalda, sin que el proyectil haya salido (para evitar que se dude cuál es el agujero de entrada y cuál el de salida). En este caso, se puede decir: que lo han agarrado por la espalda, y que, por parte del herido ó muerto no ha habido agresión, pues nadie presenta en tales circunstancias sino el frente. Otro caso: se encuentra á un individuo con el brazo izquierdo hecho picadillo y con una herida en el vientre, de cuyas resultas muera. Aquí cabe establecer que la víctima ha sostenido una lucha y que con el brazo ha tratado de amortiguar los golpes, recibiendo la puñalada en el vientre. Se citó en clase el caso siguiente: Una persona de cierta posición política tema el ser asesinado de un momento á otro, sucediendo que un buen día penetró en su casa cierto sujeto, al cual *madrugó*; hecho lo cual, se presentó acto continuo ante las autoridades declarando que lo había muerto en defensa propia. Se procedió á un reconocimiento de la pieza en que había tenido lugar el hecho, constatándose que un sillón en el respaldo estaba atravesado por una bala en dirección horizontal y de delante atrás, lo que hacía suponer que la bala penetró por el sillón después de haber atravesado el pecho de la víctima, la cual estaba sentada, correspondiendo la altura de la bala en el cuerpo, con la altura que tenía en el sillón perforado. Todo esto hizo suponer que la muerte había sido á traición y no en defensa propia.

3.<sup>a</sup> *Determinar si las lesiones son obra de la misma persona ó si son producidas por*

*mano ajena; en una palabra, si se trata de un homicidio ó de un suicidio.* Esta cuestión ocupará su puesto cuando se hable del suicidio.

4.<sup>a</sup> *Determinar si ha habido uno ó más agresores.*—Esta, como todas las cuestiones médico-legales, puede ser de fácil solución en algunos casos y muy nebulosa en otros. Un individuo que presenta un solo balazo, puede sin embargo haber tenido varios agresores, como el que lo mató, el que lo sujetó, etc., á pesar de lo cual, no presenta el cuerpo señal más que de una sola lesión. Por otra parte una misma persona puede usar para con su víctima de armas distintas: herirlo de un balazo primero, desde lejos, y degollarlo, después. En este caso parecería que han intervenido dos personas, y, sin embargo, una sola ser el agente criminal.

Pero descartando estas cuestiones que son las oscuras y que pueden confundir al perito, es posible dar con lo que se busca en muchos casos. Así, p. ej., se presentan en un mismo individuo varias heridas de armas de fuego de distintos calibres, etc. Basta este dato por sí solo para hacer suponer que se trata de una agresión llevada á cabo por varias personas, por no ser lógico presumir que un solo agresor lleve un arsenal encima.

Otras veces esto no se determina por la naturaleza de las lesiones, sino por la forma de la muerte; p. ej., en un homicidio en que se encontrara á la víctima colgada; esta suspensión indicaría la participación de varias personas.

Otra manera muy importante de determinar si han intervenido uno ó más personas, sería el estudio de las huellas que se encuentren en los alrededores del teatro del suceso, estudio precioso en estos casos y que puede ayudar muchísimo para el descubrimiento de los agresores. Estudiando los alrededores del lugar del crimen se encontrarán: en la ciudad, manchas de sangre, rastros, etc.; y en el campo, vestigios, huellas, pisadas. Supóngase que se haya cometido un homicidio y que en la sangre derramada en el suelo se encuentren pisadas de diferentes tamaños; esto nos llevaría á evidenciar la existencia de más de un delincuente.

Las pisadas pueden identificar al criminal? Sí, muchas veces, puesto que las pisadas no son tan semejantes. Se ha tomado á varios criminales, hédolos pisar en una sangre cualquiera y después pisar fuera de la sangre; hecho esto, se han compulsado estas pisadas con las que con la sangre del muerto se habían producido. Se hizo en clase una demostración en el pizarrón, trazándose en éste la figura de una pisada y después tirándose sobre ella varias líneas horizontales y paralelas. Con este medio se trataba de determinar las pisadas, pues, en efecto, una mancha cualquiera que en una pisada estaba á una altura de ella determinada, p. ej., entre la 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> línea horizontal, es decir, que la colocación de la mancha en la pisada estuviera entre esas dos líneas; dado el hecho criminoso, la pisada y la mancha en ella: si la mancha estuviera á la altura que dejamos indicada, sería del indi-

viduo cuya pisada se examinó; si más arriba ó más abajo, de otra persona.

Los vestigios que dejan la impresión de los pies en el suelo son más ó menos aparentes, según que la tierra esté más ó menos húmeda y blanda. Para apreciar exactamente las dimensiones y forma general del pie, la conformación de la planta, si el pie estaba calzado ó desnudo, la posición relativa de los dedos, si la suela estaba deteriorada en algún punto ó si tenía clavos, etc., se procede de un modo especial. Supóngase que la justicia encuentra una huella junto á la víctima ó en cualquier otro lado y la cual una vez obtenida se busca confrontarla con la que deja el pie de la persona que se supone sea el agresor. — Una vez encontrada la huella, lo primero que se hace es tratar de conservarla impidiendo que se altere ó desfigure debido al viento ó al paso de otras personas, etc., para lo cual se tapan las impresiones y se deja una persona vigilándolas, hasta que los peritos se manan de los medios necesarios con que conservar y trasladar la huella.

Hay que distinguir aquí los casos en que la huella esté en un terreno duro, en uno blando ó en el polvo. En el primer caso, p. ej., cuando se trata de una pisada impresa en el portland, se agarra el pedazo de portland y se remite al juez la pisada auténtica.

Tratándose de una huella en terreno blando, se usa el siguiente procedimiento: se coloca sobre la huella que se quiera obtener una especie de parrilla hecha con alambre grueso á uno altura sobre aquella de tres á cuatro centímetros. Sobre esta parrilla, que tiene que ser más grande que la huella, se coloca una lámina de hoja lata y sobre esta lámina un poco de carbón encendido, el suficiente para calentar pronto la huella. Cuando éste tenga 120° ó 130° se quita el aparato ó por lo menos la lámina de hoja lata y con un tamiz se cierne un poco de polvo esteárico sobre ella, de modo que forme una capa igual en toda la superficie de la huella caliente. El polvo va cayendo sin alterar la forma de la impresión, por lo leve del peso que aquél tiene, y como está caliente se derrite é insinúa por los intersticios, á más ó menos profundidad. Cuando se ha enfriado la huella, lo que se conoce porque ya el polvo cernido encima no desaparece derretido, se vuelve á calentar un poco y se vuelve á cerner con el tamiz, repitiéndose esto hasta tanto que, dejando enfriar y secando los bordes, el fondo y las cercanías de las huellas, se vea que ésta ya tiene consistencia, debido al polvo esteárico que al solidificarse con el enfriamiento ha unido los granos de arena ó terroncitos de tierra, formando con ellos un sólido bastante compacto para poderle mover en una pieza. En este estado se toma un cuchillo y se mina la huella por todos sus bordes, cuidando de que no se rompa; y así se la separa del terreno. Caldeada encima de un lienzo de varios dobleces, se coloca encima de ellos la huella al revés, lo de arriba abajo y se levantan los bordes del lienzo de modo que formen como una caja encima de la huella, sosteniendo esos bordes con piedras ó tierra. Así dispuesto, se deslíe yeso fino en agua, y cuando está bastante espeso

próximo á solidificarse, se vierte en el hueco formado por los bordes del lienzo y se espera que el yeso esté duro, sucedido lo cual se quita el lienzo y se saca la pieza engastada en el yeso; se vuelve y se tiene la huella tal como estaba en el sueño. Así se obtiene el molde en yeso que será el positivo, positivo que como se ha visto se obtuvo vertiendo el yeso desleído sobre el negativo producido con la estearina. Colocado el molde de yeso en una caja de madera y envuelto en algodón en rama, se le remite á disposición del juez.

El mismo procedimiento se emplea para obtener las huellas dejadas por las armas ú otros objetos, una llave, un bastón, etc.

Cuando la huella se encuentra en un terreno muy blando ó muy tenue, como sucede con la huella dejada en el polvo del camino, ésta se copia y se saca con un negativo que se obtiene con la gelatina; pero esta sustancia tiene el inconveniente de retraerse al poco rato, por lo que se aconseja sacar el positivo lo más pronto posible en yeso. Para sacar el modelo ó copia se echa la gelatina reblandecida en agua caliente en la cavidad de la huella, y una vez cuajada, con un cuchillo se desprende por todo el contorno y se levanta, quedando así en la parte inferior impresa la huella con todos sus accidentes y pormenores. Para obtener el positivo en yeso se deslicé éste en una caja de madera, y cuando está para cuajarse, se aplica encima la pieza de gelatina, después de haberla untado de aceite por la cara que tiene la huella; se aprieta con el yeso, y una vez solidificado éste, se saca el negativo de la gelatina quedando el positivo en el yeso.

En algunas partes se aplica también la gelatina sobre el hielo, para obtener un negativo de las huellas; aunque en este caso verdaderamente casi no se necesita usar la gelatina, pues la misma nieve las endurece.

Estos vestigios pueden ser á veces de gran utilidad. En nuestro país es bien conocido el hecho de haberse descubierto un criminal por las huellas del caballo que estaba herrado, pues en el paraje donde tuvo lugar el crimen no había más que dos caballos herrados.

5.ª *Determinar si las lesiones que presenta el cadáver han sido hechas durante la vida ó después de la muerte.*—La suma importancia de esta cuestión se comprende, pues unas heridas pueden ser hechas antes de la muerte y otras después. Supónganse los dos casos siguientes: un individuo que se cae de un balcón y después se le encuentra con heridas; y un individuo á quien se mata y después se le arroja de un balcón simulando un suicidio. En estos dos casos hay que determinar cuáles lesiones han sido hechas primero y cuáles después de la muerte.

¿Pueden los peritos resolver esta cuestión con la claridad que las leyes necesitan? En general, sí; en particular, no. Si estas lesiones han sido realizadas cuatro ó cinco horas después de la muerte, es fácil distinguirlas de las recientes por caracteres determinados; pero si se trata de lesiones inferidas en un espacio de tiempo menor, la cosa no es tan fácil; p. ej., cuando ellas han sido hechas una hora ú hora y media después del fallecimiento de la víctima.

Con todo, hay muchos signos que permiten apreciar y distinguir estas diversas clases de lesiones. Les lesiones en el individuo vivo tienen el carácter siguiente: la sangre que de ellas emana se coagula después de la muerte, infiltrándose en los tejidos; mientras que en una herida inferida después de la muerte, la sangre corre; en la persona viva los bordes ó labios de la herida se retraen, mientras que en el muerto no existe esa retracción de los tejidos ó si existe es poco aparente y enérgica, desapareciendo si la herida ha sido inferida después de algunas horas de acaccida la muerte. Se citó en clase el caso de que en un homicidio se determinaron con toda exactitud los datos de las diversas lesiones, merced á la mayor ó menor retractibilidad de las heridas, pues encontraron desde los bordes muy contraídas hasta las de aberturas superficiales sin el menor signo de esa misma retractibilidad, siendo lisas como una superficie. Por consiguiente, cuando hay varias heridas se determinaría cuáles habían sido hechas primero y cuáles después de la muerte.

Otro dato estaría en la existencia ó no existencia de hemorragias. La herida en una persona viva produce, si interesa las arterias, una hemorragia importante, lo que no sucede en el caso contrario, por la sencilla razón de que en el individuo muerto desaparece por completo la sangre de los conductos arteriales, dando esto lugar á que antiguamente se creyera que las arterias no contenían sangre, considerándose las como meros conductos respiratorios. Supóngase entonces que una arteria pequeña como la intercostal haya sido dividida por una herida y que se encuentra gran hemorragia interna; esto hará suponer necesariamente que esa herida ha sido producida en vida; mientras que tomándose el caso contrario, el que se haya cortado una arteria importante y que no se encuentren vestigios de hemorragia; todo ello conducirá á declarar que esa herida ha sido producida estando ya muerto el agredido.

Cuando los miembros cortados de un vivo se arrojan al agua, palidece la herida; pero, según Devergie, vuelve á recuperar el color que tenía en vida, cuando se les saca fuera del líquido.

### III

*Manchas de sangre.*—I.—Es más difícil de lo que se cree cometer un crimen sin dejar vestigios de ninguna especie, pues por más precauciones que se tomen, siempre por algún descuido inexplicable y providencial, quedan signos, como manchas de sangre, etc, ya sobre el cuerpo, ya sobre los objetos, debido á la precipitación con que se procede; detalles, que, si bien insignificantes en apariencia, son la base sobre que descansa la averiguación toda del delito. Y esto no puede ser de otra manera: la persona que hiera á otra con un arma que obre directamente se expone á que el impulso de la misma sangre lo alcance y llegue á mancharle las ropas y el cuerpo, siendo esto inevitable, y sino que lo digan los médicos en las operaciones y autopsias, los cuales, á pesar de las precauciones, á duras penas se

escapan de los vestigios que esas carnicerías originan. Taylor cita entre otros el caso de un Fulano que para ejecutar el crimen se desnudó completamente á fin de que sus ropas no le delatasen; pero tuvo la poca suerte de que al vestirse, su cuerpo manchado de sangre manchó á su vez las ropas, pues no dió en lavarse después del crimen. Con esto se ve que todas las precauciones son pocas en estos casos.

Las manchas de sangre son, pues, un detalle precioso para la averiguación de esos hechos. En la verificación de las manchas se interviene de dos maneras: unas veces el juez las busca; en otras, ordena al perito que las busque.

El estudio de las manchas de sangre tiene lugar, ó ya en el examen de los lugares, ora en los individuos y en los objetos que á éstos pertenezcan, ya en las armas que se suponen han servido para esos objetos; en una palabra, se estudian en todo aquello que ha rodeado al crimen.

JOSÉ FERRANDO Y OLAONDO.

(Continuará.)

## SUETOS

Ha merecido los honores de la reproducción en « La Libertad Electoral » de Santiago, uno de los más reputados diarios de Chile, el estudio que acerca de la personalidad de don Miguel Luis Amunátegui y de su obra « Cuadros Antiguos » publicó, en uno de los últimos números de la REVISTA, Carlos Martínez Vigil.

Á propósito también de ese trabajo, el Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de Santiago, doctor don Domingo Amunátegui Solar, hijo de aquel insigne publicista y hombre público, y á su vez distinguidísimo escritor, ha dirigido á nuestro compañero de Redacción una atenta carta, de la cual tomamos el siguiente párrafo:

« He leído con muchísimo cuidado algunos de los artículos, sobre todo, como puede Vd. suponerlo, el dedicado á « Cuadros Antiguos », y he quedado persuadido, con tan brillante muestra, de que en Chile no estábamos engañados cuando creíamos que los escritores del Uruguay honran á nuestra América. Por mi parte, quedo lleno de agradecimiento por los benévolos conceptos que Vd. emite sobre el libro de mi padre. »

Á la persona que se ha servido remitir á esta redacción la poesía suscripta con el pseudónimo de *Oromaya Ayamora*, le rogamos se digne darnos su verdadero nombre, pues el programa de la REVISTA ha advertido oportunamente que ésta no publicaría sino trabajos inéditos firmados con el nombre de sus autores.

